DRA. MARIANNE O. DE BOPP

SCHILLER

(DESDE MEXICO)

1

PT2474
B8A13

facultad de FILOSOFIA Y LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

Dr. Nabor Carrillo

Secretario General:

Dr. Efrén C. del Pozo

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

Lic. Salvador Azuela

Secretario:

Juan Hernández Luna

CONSEJO TECNICO DE HUMANIDADES

Coordinador:

Dr. Samuel Ramos

Secretario:

Rafael Moreno

EDICIONES
FILOSOFIA Y LETRAS

Opúsculos preparados por los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras y editados bajo los auspicios del Consejo Técnico de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Números públicados:

1. *Schiller desde México*: Prólogo, biografía y recopilación de la Dra. M. O. de Bopp.

Números en prensa:

2. Agostino Gemelli: *El psicólogo ante los problemas de la psiquiatría.* Traducción y nota del Dr. Oswaldo Robles.

3. Gabriel Marcel: *Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico.* Prólogo y traducción de Luis Villoro.

4. Carlos Guillermo Koppe: *Cartas a la patria* (Dos cartas alemanas sobre el México de 1830). Traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina.

5. José Torres: *El estado mental de los tuberculosos. Un poeta filósofo: Giacomo Leopardi.* Prólogo, biografía, bibliografía y notas de Juan Hernández Luna.

SCHILLER

(DESDE MEXICO)

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
FILOSOFIA Y LETRAS
PT 2474
E8/A13

Printed and made in Mexico
Impreso y hecho en México
por la
Imprenta Universitaria
Bolivia 17. México, D. F.

Friedrich von Schiller

F-61892

SCHILLER

(DESDE MEXICO)

Prólogo, ensayo biográfico
y recopilación de la

DRA. MARIANNE O. DE BOPP

MÉXICO, 1955

PROPOSITOS DE ESTA COLECCION

Esta colección de opúsculos preparados por la Facultad de Filosofía y Letras y editados bajo los auspicios del Consejo Técnico de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, se destina a los estudiantes de la propia Facultad. Está concebida como una continuación del diálogo que los maestros tienen habitualmente en sus cátedras con los alumnos sobre temas de las disciplinas que imparten. En ella se incorporarán aquellos textos cortos que los maestros seleccionen, traduzcan, prologuen y anoten por considerarlos necesarios para ampliar y profundizar la lección oral sobre cuestiones que no pueden detenerse a tratar con extensión, debido a la urgencia de llenar los programas semestrales.

También se ha proyectado como un vehículo de difusión de aquellos escritos breves que se

estiman como clásicos por los hombres cultos del mundo, tanto en el plano de la cultura universal como en el de la mexicana. Tales escritos figurarán en esta colección traducidos directamente de sus idiomas de origen, o bien simplemente reimpresos cuando se trate de ediciones que se juzguen correctas en su traducción y ya agotadas.

Finalmente, intenta ser como una antena que recoja las novedades más recientes del pensamiento universal aparecidas en las distintas lenguas. Filósofos, sabios, historiadores, humanistas, psicólogos, artistas y hombres de letras publican en revistas y anuarios de sus respectivos países ensayos, artículos, conferencias o anticipos de libros en preparación, que representan una novedad en el territorio de la cultura a que se dedican. Lo más valioso de esas novedades será traducido al castellano e incorporado a esta colección. Tanto por lo manuable de sus volúmenes como por lo económico de su adquisición, podrán los estudiantes de Filosofía y Letras llevarlos en sus bolsillos para leerlos en cualquier tiempo disponible.

PROLOGO

Este pequeño opúsculo, que aparece bajo el título de Schiller desde México, *se proyectó como un homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras de la U. N. A. M. al insigne poeta alemán, en el 150 aniversario de su muerte, uniéndose de esta manera nuestra Casa de Estudios a la celebración de tan memorable fecha. Estas pocas páginas no agotan el tema; se limitan a la poesía de Schiller que apareció en la prensa mexicana del siglo pasado. En un trabajo posterior se intentará tratar el tema en conexión con un estudio general sobre las letras alemanas en México. Se quiere dar con esto una idea de cómo la gran personalidad de Schiller se refleja en un país como México, tan alejado de Europa, y hace un siglo, cuando ambas naciones vivían más distanciadas que hoy. Es sorprendente notar cuánto eco*

encuentra aquí la literatura clásica de Alemania, y entre ella Schiller, cuyo nombre desde 1838 aparece por primera vez mencionado en una revista mexicana y se le cita muy frecuentemente al lado de Goethe. Esto sucedía en un momento en que nuestro país apenas había conquistado su libertad de pensamiento, y empezado a abrir sus puertas con entusiasmo generoso a todo espíritu extranjero superior que podía contribuir a acrecentar la riqueza espiritual del pueblo mexicano. Para dar una idea fiel de este eco, se ha seguido en la ordenación de los textos recopilados en este opúsculo la cronológica de las traducciones, esto es, aquella en que fueron apareciendo en revistas y periódicos literarios de México en el siglo pasado.

La autora de este prólogo y de esta recopilación, recibió la primera noticia de la existencia de traducciones de esta índole en una conferencia de la señorita María del Carmen Ruiz: "Once revistas literarias del siglo XIX", sustentada en la Asociación de Universitarias Mexicanas, noticia que le inspiró un trabajo largo y extenso.

Naturalmente, las numerosas traducciones encontradas varían en valor literario según el don poético de cada traductor. Hay entre ellas simples versiones en prosa, demasiado libres y por eso

infieles; traducciones pobres que fallan totalmente en el espíritu del poema, y traducciones excelentes salidas de la pluma de un poeta como José Sebastián Segura, que reproduce en una forma tan fiel el ritmo y la fuerza del lenguaje, hasta en la onomatopeya del verso alemán, que esta traducción puede considerarse una obra de arte en sí. No se publican aquí todas las versiones halladas de los mismos poemas; escogimos solamente traducciones hechas en México, y la versión más fiel y la más poética entre las existentes.

Es cosa curiosa que no se publican, por lo menos en las revistas de entonces, traducciones de escenas dramáticas, aunque se mencionan Guillermo Tell *y* María Estuardo *en artículos resumidos, ni de los escritos históricos y estético-filosóficos de Schiller que forman una parte tan importante de su obra. Los traductores del siglo pasado parecen haberse limitado a las poesías líricas más accesibles, entre ellas algunas poesías juveniles del peor gusto "romántico", así como a las baladas más famosas. Tampoco se tradujo entonces, con excepción de "La imagen de Sais", nada de la* Ideendichtung *(poesía de ideas), ese género singular schilleriano de su última y más grande época creativa.*

No obstante, los grandes hombres de letras en México conocían bien al poeta. Ignacio M. Altamirano, por ejemplo, y Manuel Gutiérrez Nájera, cuyo artículo insertamos aquí, escribieron sobre Guillermo Tell; *y aun las pocas publicaciones presentadas aquí demuestran la comunidad espiritual que México sintió entonces con todos los pueblos de Europa, y el interés por la común herencia cultural del Occidente, que impulsó a los grandes hombres mexicanos de letras a dar a conocer, entre el pueblo mexicano, las obras del gran poeta alemán que exaltaban las ideas de libertad y dignidad humanas.*

M. O. DE B.

FRIEDRICH VON SCHILLER

Por MARIANNE O. DE BOPP.

"Er glänzt uns vor, wie ein Komet entschwindend
unendlich Licht mit seinem Licht verbindend."

(Goethe.)

Brilla delante de nosotros, desapareciendo como un cometa, uniendo luz infinita con su propia luz.

El 9 de mayo de 1805, murió uno de los grandes de la literatura alemana. ¿Qué ha quedado valedero de él? Después de la primera divinización del siglo XIX, después de la continua y tediosa ocupación obligatoria con su obra en todos los colegios alemanes, en su patria se hizo de moda olvidarlo y sumergirlo en el mausoleo de los libreros cerrados. La sonoridad inolvidable de su lenguaje, su fuego poético y su énfasis patético,

causan complicaciones de traducción que dificultan su reconocimiento más allá de las fronteras de su patria. La pronunciada intelectualidad de su lírica perjudica su calidad poética; en sus poesías pueden comprobarse muchos defectos estéticos; no siempre ha podido esquivar la cursilería de la idea y de su formulación; los románticos, sus enemigos empedernidos, lo atacaron sin misericordia; y en la actualidad sus dramas se representan en los teatros de los colegios casi exclusivamente.

Y a pesar de todo esto, innumerables citas suyas, vivas y acuñadas indeleblemente, han penetrado en la lengua alemana; sus figuras, a veces históricamente falsas pero con la verdad interna de su concepción espiritual, son la imagen de la historia para un sinnúmero de personas; el ardor de su rebelión en *Guillermo Tell, Don Carlos* y *Los bandidos* todavía posee un efecto tan inmediato que Hitler tuvo que prohibir su representación —"denn eine Grenze hat Tyrannenmacht" (pues un límite tiene el poder de los tiranos)—, y recientemente en periódicos alemanes se habla de una representación del *Don Carlos* en la Alemania Oriental, donde el inevitable efecto esperado de los versos de Schiller parece haber fallado en la juventud increíblemente.

Schiller es diez años más joven que Goethe, el hijo de patricios que crece en la riqueza y en el ambiente policromo de la ciudad imperial de Francfurt, gozando las posibilidades formativas de su época, viviendo en un círculo aristocrático altamente culto: un mimado y favorecido del destino. Schiller, en cambio, nace en una pequeña ciudad provincial, Marbach, hijo de padres de la pequeña burguesía, de un padre algo estrecho y puritano, honrado y capaz, y desde su infancia está destinado a ser sacerdote, lo que corresponde a su inclinación y a sus deseos. Por primera vez ve el gran mundo en la corte de Ludwigsburg, cuya magnificencia, cuyo lujo y pecado su padre burgués le enseña a aborrecer. El duque Carlos Eugenio, uno de los innumerables pequeños príncipes alemanes del absolutismo, en este siglo dirigido determinantemente por Francia, interviene en su destino. El muchacho, a los 14 años, es internado a la fuerza en el Colegio Superior Carlos Eugenio, un instituto pedagógico para hijos de funcionarios, donde el duque quiere formar los funcionarios de su Estado. Allí no se enseña la teología. Schiller tiene que estudiar jurisprudencia y cambia más tarde a la medicina, para la cual demuestra poco talento.

El colegio en sí está orientado según principios pedagógicos modernos, y la filosofía, a cargo de maestros modernos y jóvenes, ocupa un lugar mayor que el usual en la enseñanza. Además, los alumnos tienen cierto contacto con el mundo cortesano —el duque los considera como sus hijos que deben participar en fiestas de corte, como, p. e., el cumpleaños de su querida— y aprenden modales y habilidad; deben saber bailar, cabalgar y esgrimir, cosas útiles y aun indispensables en aquella época. Pero la dureza de la disciplina, que prescribe hasta la postura durante la oración, las humillaciones del orgullo juvenil, la compasión del corazón ingenuo y ardiente hacia los oprimidos, y además el influjo de los filósofos franceses, sobre todo de Rousseau, encienden la rebelión incesante, el reto ardiente contra toda violencia y toda injusticia, contra toda bajeza y humillación, la conjuración contra el mal gobierno y los abusos en la sociedad y en favor de la libertad del hombre esclavizado. "In tyrannos", es el lema de *Los bandidos*. "La ley jamás ha formado a hombre grande alguno, pero la libertad incuba colosos", dice allí el joven Schiller. El mundo vacío y perezoso tiene que ser transformado, enaltecido, tiene que llegar a ser

de nuevo tan heroico como el gran pasado. El alto orden moral del mundo, fe creadora de toda su vida, es indestructible y vence toda bajeza y todo intento de envilecer al hombre.

Geniesse, wer nicht glauben kann! Die Lehre
ist ewig wie die Welt. Wer glauben kann, entbehre!
Die Weltgeschichte ist das Weltgericht.

¡Que goce, quien no puede creer! La doctrina
es eterna como el mundo. ¡Quien pueda creer, que sufra!
La historia universal es el juicio final.

Ya, aquí, un joven es el gran renovador de su tiempo. Quiere formar el mundo ideal, que no existe, si es preciso por la fuerza. "Sólo un objetivo grande puede conmover el fondo más profundo de la humanidad." Se siente, como sacerdote, llamado a conmover, a entusiasmar, a sacudir. Sus héroes son claros portadores de sus ideas. Y en *Los bandidos* y *Don Carlos*, en *Intriga y amor*, *Guillermo Tell* y *Wallenstein*, viven las figuras por las cuales los jóvenes, desde hace un siglo, se encendieron con el primer fuego divino de su juventud pura, y sintieron con las primeras conmociones sagradas su destino sobrehumano.

Naturalmente, la exclusividad del colegio del Duque Carlos determina su actitud para con los hombres. Su amor se dirige, ante todo, hacia los amigos; las mujeres, por lo pronto, tienen poca importancia. Aún más tarde, el amor jamás será el tema central de su dramas, y sus figuras femeninas son formas irreales de su fantasía, visionarias heroicas, hombres jóvenes transformados en seres femeninos, que siempre y solamente aman, sufren y se sacrifican, y cuyos conflictos —cuando se convierten en heroínas, como en *María Estuardo* y *La Doncella de Orleans*— se mueven en un nivel sobrehumano.

La amistad, empero, es uno de los motivos fundamentales en la vida de Schiller. Ya se hace sentir en la alianza de *Los bandidos*, y encuentra su transfiguración en don Carlos, marqués de Posa, y la expresión de la dicha más profunda a causa de Körner, en Dresden, quien ofrece refugio a Schiller después de su huída de Ludwigsburg y en sus apuros materiales en Mannheim. Allí, al lado de su amigo, escribe su himno inmortal "A la alegría", que, conocido mundialmente por la Novena Sinfonía de Beethoven, conmueve hoy como entonces a todo corazón sensible:

Freude, schöner Götterfunken
Tochter aus Elysium

Wir betreten, feuertrunken
Himmlische, Dein Heiligtum
Deine Zauber binden wieder
Was die Mode streng geteilt
Alle Menschen werden Brüder
Wo dein sanfter Flügel weilt.
Seid umschlungen, Millionen
Diesen Kuss der ganzen Welt
Brüder — überm Sternenzelt
Muss ein lieber Vater wohnen!

Alegría, bello fuego divino,
Hija del Elíseo,
Entramos, embelesados del fuego
Celeste, en tu sagrado recinto.
Tus encantos reúnen de nuevo
Lo que la moda dividió severamente.
Todos los hombres son hermanos
Donde nos protegen tus alas suaves.
Abrazaos, millones humanos,
¡Este beso al mundo entero!
Hermanos: encima del cielo estrellado
Debe vivir un padre que nos ama.

Así canta jubilosamente. Y este "Himno a la alegría", y el *Don Carlos*, al lado del *Nathan* de Lessing y de la *Ifigenia* de Goethe, caracterizará para siempre esta hora estelar del idealismo alemán, el clasicismo en la época de oro de la poesía

alemana, con su idea fundamental de un humanismo puro y libre.

Después de *Fiesco* e *Intriga y amor,* Schiller escribe *Don Carlos* en Bauerbach, cerca de Meiningen, donde, rotas las relaciones con el intendente de teatro Dalberg, busca refugio como huésped de la señora de Wolzogen. El secretario de la Biblioteca de Meiningen, Reinwald, uno de sus amigos, le manda libros, entre ellos la novela del Abbé de Saint Réal, *Histoire de Dom Carlos.* Al poco tiempo también el romanticismo volverá a descubrir España para la literatura alemana. Un Don Carlos poco histórico y una España irreal (aquí está la cita famosa, que para los alemanes caracterizó por decenios al español: "Orgulloso quiero ver al español."), llegan a ser para Schiller portadores de la idea de la libertad político-religiosa. La utopía de Posa de un Estado ideal, en cuyo trono está un príncipe ilustrado, inclinado hacia el bien, tiene su culminación en la escena famosa de Posa con el rey Felipe, solitario y desdichado, que busca a un hombre, "el raro hombre con un corazón puro y franco". Pero Felipe no es capaz de reconocerlo, cuando Posa se presenta ante él y llega a describirle la realización del bienestar de los pueblos y la de la dicha del

verdadero príncipe: "Sire, dad libertad al pensamiento." "Curioso entusiasta", es su contestación. Don Carlos, persuadido por su amigo, quiere ir a los Países Bajos para salvarlos de Alba. Felipe, desconfiado por instinto y envenenado por las calumnias, mal comprende y mal interpreta este entusiasmo juvenil. Ve en el hijo el nuevo espíritu de la libertad y de la rebelión contra el despotismo del poder. España no está madura todavía para el sueño del nuevo Estado.

Sein Herz entglüht für eine neue Tugend
die stolz und sicher und sich selbst genug
von keinem Glauben betteln will. — Er denkt!
Sein Kopf entbrennt von einer seltsamen
Chimäre — er verehrt den Menschen.

Su corazón arde para una nueva virtud,
que orgullosa, segura y bastándose a sí misma,
no quiere pedir limosna de ninguna creencia. ¡El piensa!
Su cabeza se inflama con una rara
quimera — él venera al hombre.

El esplendor de los versos, su demanda atrevida de la libertad que corresponde al espíritu de la época, la fuerza del entusiasmo, hacen de *Don Carlos* uno de los grandes dramas de Schiller, a pesar de todas sus debilidades.

Y esto es profundamente significativo. Por decenios Schiller pudo influir en la vida y en los pensamientos de los jóvenes alemanes; sus héroes, esos jóvenes puros y nobles, eran las estrellas guiadoras para la realidad; los problemas y las palabras heroicas de sus dramas formaron en su juventud a este "pueblo de pensadores y poetas" que, todavía hoy, poseen la fuerza para entusiasmar y exaltar. El mundo claro, totalmente transparente, de los héroes trágicos de Schiller, todavía sigue siendo una imagen de la vida en sus líneas sencillas y grandes, en su significado metafísico; sus héroes son el gran ideal humanitario de aquel tiempo, y también el tipo eterno del hombre joven, todavía intacto, cuya alma está tan completamente poseída de lo absoluto, que "puede entregar al afecto la dirección de la voluntad, sin llegar a una contradicción con las decisiones de aquél".

Don Carlos conduce a Schiller a hacer estudios históricos, al ver claramente las deficiencias de sus conocimientos. Empieza a estudiar historia para conocer los grandes objetivos y las altas figuras de la humanidad, y para tener una visión total de la historia del desarrollo humano, como Herder la concibió ya anteriormente. Al lado de

los acontecimientos también busca las fuentes de la acción, al hombre, al carácter. Escribe una *Historia de la rebelión de los Países Bajos*, y se empeña, "entre el favor y el odio de los partidos", por conservar el justo equilibrio entre la tendencia protestante y la católica. La *Historia de la Guerra de los Treinta Años* es para él la lucha por la libertad espiritual, fruto de la Reforma. Escenas dramáticas de gran efecto, retratos de carácter de una agudeza brillante, son las señales de su interpretación. La *Rebelión de los Países Bajos* llega a ser el motivo de su nombramiento como catedrático de Historia en la Universidad de Jena. El 26 de mayo de 1789 Schiller dicta su primera conferencia intitulada: "¿Qué quiere decir y para qué fin se estudia la historia universal?"

El anuncio tiene un éxito inusitado; el salón donde intenta dar su cátedra tiene cabida sólo para 60 oyentes; pero más de 400 llenan la sala y obligan a Schiller a mudarse con todo su séquito. Se produce un alboroto tal, que la guardia se alarma pensando que estalló un incendio. En una carta a Körner relata cómo él mismo, pasando entre la concurrencia, penosamente se abre camino hacia la cátedra, y cómo en la noche, "después de la

aventura gloriosamente acabada", recibe una serenata con vítores.

La conferencia da a grandes rasgos un resumen de las etapas del desarrollo humano, que siempre sigue su camino ascendente, desde la soledad hostil del hombre primitivo hasta la sociedad civilizada, desde la lucha penosa por la subsistencia hasta la riqueza de la abundancia, desde el temor de la ignorancia hasta la alegría pura. Después de una confrontación del "mezquino erudito que sólo quiere ganar su pan", y de la "mente filosófica" para la cual únicamente el estudio de la historia universal vale la pena, Schiller liga el pasado con el presente: todas las generaciones pasadas han trabajado en ella, pero el historiador debe completarla reuniendo los fragmentos conservados del humano saber. Si la historia universal tiene un fin y un plan, queda indeciso. Pero como la historia universal es el desarrollo espiritual colectivo del género humano, es evidente el alto valor de su estudio. Y de nuevo impone a los estudiantes la tarea que es el anhelo de todo corazón noble: "pasar a la posteridad, aumentado y enriquecido, el acervo de verdad, moral y libertad" que nos legó el mundo de nuestros antepasados.

Schiller vive entonces en Jena, casado, por primera vez en su vida sin apremiantes apuros económicos, y famoso en toda Alemania. Sobre todo, el estudiantado venera al poeta como a un príncipe.

"Del futuro lo espero todo. Pocos años, y viviré en el pleno goce de mi espíritu. Sí, espero que regresaré a mi juventud; una vida interior de poeta me la devolverá", escribe poco antes de la grave enfermedad a la que sucumbe en 1791, y de la cual, a los 30 años de edad entonces, jamás se aliviará por completo. "No me pertenece una vida completa, sólo un fragmento", llega a ser su presentimiento profundo.

De las necesidades y apuros que le causa su incapacidad para trabajar, durante meses enteros, lo saca por lo pronto el donativo de sus amigos daneses, ofrecido "para conservar a la humanidad uno de sus maestros".

Empieza luego a trabajar, y en los años siguientes produce su obra más madura, el conjunto de poesía, historia y filosofía que lo inmortalizará. Además, el destino le depara el cumplimiento de un profundo deseo. En 1794 se concierta la "alianza de la seriedad y del amor", como Goethe llama a su amistad con Schiller, de la cual nace uno de los libros más maravillosos en lengua

alemana, la correspondencia entre ambos poetas. Goethe recibe el interés y la comprensión de un hombre igual, Schiller el impulso para su obra poética. Es el contacto de dos naturalezas como Schiller las representa en "Sobre la poesía ingenua y sentimental"; la de Goethe, que es la naturaleza misma, y la del poeta sentimental, Schiller, que ha roto los lazos con la naturaleza y sufre por la nostalgia de la unión perdida. Ambos son clásicos, pues por encima de todas las diferencias, han llegado a la convicción de que el orden en la existencia, obedeciendo a una ley eterna, debe llevar hacia su comprensión y su observancia en la vida y en el arte. La unión inseparable de lo bello con lo verdadero, es decir, lo necesario; la educación del género humano para lo bello, y por medio de la belleza la formación de un humanismo verdadero, son la meta de ambos.

De este tiempo son las grandes obras de Schiller, los escritos estéticos y filosóficos, las poesías de pensamiento (Ideendichtungen) y los grandes dramas clásicos. Cuán profundamente haya influído Schiller en el desarrollo de la vida espiritual europea por medio de sus escritos en prosa, como educador y creador de una nueva imagen del Estado, es difícil determinarlo. Su pensamiento gira incesantemente en torno de lo bueno,

de lo bello, de lo sublime. "Restablezca Ud. la nobleza perdida de la humanidad", dice Posa. Muchas de sus ideas pertenecen a la Ilustración, que tiene escrita en su bandera la libertad, la virtud y Dios. Schiller cree en el camino ascendente de la humanidad, en la eterna ley moral de su desarrollo progresivo. Este camino va desde la pura naturaleza, pasando por la cultura, hacia el ideal. "Este camino... además, es el mismo que el hombre, como individuo así como en su totalidad, tiene que tomar. La naturaleza lo une consigo mismo, el arte lo separa y lo divide, por medio del ideal regresa hacia la unidad." De modo que la destrucción de la primera armonía ingenua es necesaria en el camino del progreso humano.

Reconoce en la Revolución Francesa —y los revolucionarios nombran al poeta revolucionario su ciudadano honorario— "que el género humano todavía no ha salido del poder tutelar; que el gobierno liberal de la razón llega demasiado temprano todavía, cuando apenas acaban de defenderse contra la fuerza brutal de la bestia, y que todavía no está suficientemente maduro para una libertad civil el hombre a quien aún falta tanto para la libertad humana". No el odio, sino la serenidad logra la perfección. La humanidad llegará a ser libre por medio de la razón, y a ser fuer-

te por la ley. La verdadera dignidad humana no está garantizada todavía por la libertad exterior social o política; tiene que desarrollarse desde adentro en la libertad moral hacia la grandeza noble y el humanismo verdadero. No es el cambio de forma del Estado lo que produce al hombre nuevo, sino su transformación interior y la de sus condiciones sociales. "Para la ilustración de la razón ya se ha hecho mucho. Nos hace falta no tanto el conocimiento de la verdad y del derecho, cuanto la eficacia de este conocimiento para la determinación de la voluntad; no tanto la luz sino el calor, no tanto la cultura filosófica cuanto la estética." Trata de revivir la actitud espiritual de la antigüedad, para lo cual todo lo existente es emanación de lo divino y de lo sublime, que se personifica en la visible belleza terrenal. Sólo por medio de la belleza los impulsos humanos pueden ser ennoblecidos. "No hay otro camino para hacer razonable al hombre sensual, que hacerlo primero estético." El camino hacia la libertad es un camino estético y tiene que pasar por la belleza; sólo por medio de la educación estética es posible llegar hacia la educación moral. Kant, dice Schiller, ha presentado la idea del deber con una dureza que espanta todas las gracias, y que fácilmente puede inducir a una mente débil a buscar

la perfección moral por el camino de un ascetismo siniestro y monjil.

La perdida unidad del espíritu y de la naturaleza tiene que ser recuperada. Sólo esta manera de contemplación hace al hombre independiente de objetos y acaecimientos, por medio de los cuales está encadenado al momento. La belleza espiritual, la "dignidad", la gana el alma sólo después de una lucha dura; sólo en esta lucha el alma bella se transforma en la sublime y heroica, que logra la victoria de la voluntad moral sobre los afectos, y la serenidad en el sufrimiento, en la cual consiste la dignidad.

Pero todavía más allá de esta dignidad está lo sublime. Quien vence lo horrible es grande; sublime es quien, aunque vencido, ya no lo teme. Sólo el hombre educado moralmente es totalmente libre, y esto no se basa en la sensación de la belleza, en la cual se reúnen razón y sensualidad para hacernos felices, sino sólo en la sensación de lo sublime, en que la razón se levanta victoriosa sobre la sensualidad, dándonos libertad y dignidad. Schiller desprecia la debilidad sentimental, que "con velos cubre la faz severa de la necesidad y miente para adular a los sentidos, fingiendo una armonía entre el bienestar y la actitud moral, que no existe en el mundo". Tenemos que en-

frentarnos al destino trágico; no hay para nosotros salvación ignorando los peligros que nos rodean, sino sólo conociéndolos. Para lograr este conocimiento nos ayuda el espectáculo terrible y grandioso del cambio eterno que destruye, crea y vuelve a destruir; el espectáculo eterno de la destrucción que a veces mina lentamente, a veces arruina repentinamente los cimientos de nuestra vida. Para esto nos ayudan las imágenes heroicas de la humanidad que lucha con el destino; las de la fugacidad inevitable de la dicha, de la seguridad engañada, de la injusticia triunfante y de la inocencia vencida, que continuamente vemos en la historia y que representa el arte trágico, imitándolas.

Sus poesías de ideas (Ideendichtungen), un género suyo insuperado, transforman en poesía pura las ideas de sus tratados estéticos y filosóficos, transfiguradas desde la abstracción del pensamiento. Pero requieren un poeta como traductor para dar en lengua extranjera el fuego y la fuerza, el brillo y el énfasis de su lenguaje.

Schiller escribe el *Wallenstein, María Estuardo, Guillermo Tell, La doncella de Orleans, La novia de Messina* y sus baladas inmortales, y muere prematuramente.

Este aristócrata del espíritu vive trágicamente la grandeza de sus palabras. Su vida es heroica en el sentido más noble de la palabra; su existencia una victoria constante del alma sobre el cuerpo. Las obras que escribe las arranca a su enfermedad, a sus fuerzas menguantes.

Aus dem Leben heraus sind der Wege zwei dir geöffnet:
Zum Ideal führt einer, der andre zum Tod.
Sieh, dass du beizeiten noch frei auf dem ersten
entspringest,
Ehe die Parze mit Zwang dich auf dem andern entführt.

Desde esta vida hay dos caminos abiertos para ti:
hacia el ideal conduce el uno, el otro hacia la muerte.
Ve, que todavía a tiempo escapes libre por el primero
antes de que la parca te lleve a la fuerza por el otro.

La fuerza de su espíritu luchando victoriosamente contra la muerte, tiene la grandeza trágica que él está llamado a crear poéticamente.

"Generalmente tengo que pagar un día feliz con cinco o seis días de depresión y de sufrimiento", escribe a Goethe en 1797. Pero: "Haré lo que pueda, y si finalmente se derrumba el edificio, quizás haya salvado del incendio lo que es digno de conservarse."

Esta vida, exteriormente tan pobre, transcurre toda bajo la ley del espíritu; es una lucha in-

terminable del espíritu que crea su mundo, aunque no exista.

Steure mutiger Segler! Es mag der Witz dich verhöhnen
und der Schiffer am Steu'r senken die lässige Hand
Immer, immer nach West! Dort muss die Küste sich
zeigen.
Liegt sie doch deutlich und liegt schimmernd vor
deinem Verstand.
Traue dem leitenden Gott und folge dem schweigenden
Weltmeer
Wär sie noch nicht, sie stieg' jetzt aus den Fluten empor.
Mit dem Genius steht die Natur in ewigem Bunde:
Was der eine verspricht, leistet die andre gewiss.

Marcha, marcha, Colón, y si ese mundo
que pides al misterio del Oceano
no ha sido creado aún, de entre las olas,
en premio de tu audacia,
lo hará surgir la omnipotente mano.
Porque existe en la gran naturaleza
el eterno creador, que de su arcano
levantando portentos de belleza,
sabe cumplir en toda su grandeza
las promesas del genio soberano. *

Por eso puede decirse que Schiller pertenece a las eternas figuras guiadoras de la humanidad:

---

* Poema que traduce Manuel M. Flores en la "Revista Mensual Mexicana" de 1877, en forma libre.

como sacerdote del arte, por el fuego de su alma encendida en el amor de lo bello; como ejemplo y educador de una humanidad más noble que parece utópica a los hombres de poca fe, pero que él vislumbró porque creyó en el orden divino del mundo; a causa de la nobleza de su *ethos* inexorable que lo exige todo de sí mismo y además impone a cada uno la eterna demanda de lo absoluto, aunque no corresponda al espíritu del tiempo. Hombre severo, sin compromisos y puro, es este el poeta inmortal a quien Goethe dedica su epitafio:

Und hinter ihm in wesenlosem Scheine
Lag, was uns alle bändigt, das Gemeine.

Y detrás de él, quimera ilusoria,
Yace la que nos cautiva a todos, la bajeza.

HOMBRES Y MITOS.
GUILLERMO TELL *

Por MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Guillermo Tell es un cazador; Gessler un lobo. El drama cuyo desenlace fué la violenta libertad de Suiza se puede resumir en una línea: lucha de la destreza con la garra. De un lado el hosco habitador de las cavernas, hululando, con las fieras pupilas inyectadas, acecha y olfatea la carne viva; del otro, el cazador agazapado esconde el cuerpo y tiende la ballesta. Ferocidad bestial de aquella parte; pulso firme, vista certera y defensa legítima de ésta. He aquí todo. Tell arrostra el peligro por defender a su familia, al defenderse; la sombra de su robusto cuerpo cubre la

* "Revista de México", 1885.

nación. Cree haber sido un buen padre solamente, y es el libertador de todo un pueblo. Procuró herir al lobo carnicero cuyas uñas encajan en su carne, y da en el corazón de los tiranos. Colón, buscando un derrotero para las Indias, halla América.

Para comprender mejor esta leyenda, es preciso formarse una idea exacta de Suiza. Buscad los dramas de Schiller: leed la primera escena de Guillermo Tell, allí está Suiza. Cada palabra es una nota, un color, un perfume, o las tres cosas a la vez. El conjunto es una sinfonía visible y olorosa. Se oyen los chapoteos de las olas que muerden los tablones de la barca; el retintín del agua cayendo gota a gota en el cornajo; el susurro del viento tamizado por las dentadas hojas de los pinos; los mugidos de las gamuzas que llaman a sus cachorros en las cumbres; los cencerros graves o agudos del rebaño; las voces de los niños que reposan en la yerba, y la plática tierna de los novios que atraviesan juntados el pinar, seguidos de sus padres ya muy viejos. Llega el invierno; el lago no sonríe, invitando a bañarse, ni dora el sol las praderas y los pastos. Los pastores trepan a los montes para volver cuando oigan el cuclillo y resuenen las canciones y se revista de flores la tierra, y con la llegada de mayo ma-

nen las fuentes. Sólo el cazador prosigue impávido su camino en las cumbres de hielo. Allí no florece la primavera, ni verdea un solo ramo. Tiene bajo sus plantas un océano de nubes, y no divisa las ciudades de los hombres: sólo ve el mundo a través de la rasgada niebla y la verde campiña le aparece debajo de las aguas. El pico de Mitere se corona de nubes y silba el viento glacial, saliendo de su caverna; saltan los peces y la gallineta se sumerge; las ovejas pastan con ansia la menuda yerba y los perros escarban la tierra: va a estallar la tempestad. Los bateleros sacan sus barcas a la orilla. Las vacadas entran de prisa a los establos. ¿Oís?, en el silencio de los bosques suena la esquila de la pelinegra Liseta.

Ese bosque de pinos; la ternera que ostenta su magnífico collar; el foehn que ruge; el nevado picacho; la gamuza que anuncia con un grito la proximidad del cazador; el tronco hueco por donde baja el agua hasta la fuente en que se abrevan los ganados; los carros que rechinan bajo la pesadumbre de las mieses; el móvil puente de madera; el alud que violento se desprende y baja con ruido temeroso; el hervor de la cascada y la esquila de la pelinegra Liseta: ésa es Suiza.

No hay en el drama de Schiller una sola pintura continuada. Pero los bateleros que aparecen

al cazador que baja de los alpes, todos los que intervienen, ya de cerca o de lejos, en la acción, dan un toque en el lienzo, pintan con dos palabras el paisaje, el árbol, la cabaña, el ventisquero, el pico abrupto, la robusta vaca, y de estas frases sueltas y pintorescas, se forma el cuadro más completo y acabado. Cada una da la nota precisa, como cada instrumento en una orquesta. El conjunto es maravillosamente descriptivo. No busquéis la pintura de Suiza en narraciones de viajeros, ni en tratados geográficos o históricos. Buscadla en las escenas de este drama, en el esplendoroso amanecer que Goethe describe al empezar la segunda parte de su Fausto. Allí está Suiza.

Tell y Suiza se parecen. Es montaraz, es ágil, recto y libre: o lo que vale tanto, es oso, es gamo, es pino, es águila. Su amor a la libertad no procede de un raciocinio filosófico: es instintivo como el de la bestia. Miradle: parte de mañana con la ballesta al hombro, y se extravía en los montes de hielo. Ya salta de un peñasco a otro peñasco; ya persigue incansable a la gamuza, que con súbita vuelta lo arrastra al espantoso precipicio. El alud ceja al encontrarlo y no le daña; el abismo le ama, y no lo traga. Cuando le falta un arma cree estar manco. Por las noches regresa fatigado a su cabaña. Los niños le reciben jubilosos.

¿Qué les lleva? Una rosa de los alpes, una ave rara, o una concha peregrina. Esa es su vida. Esos son sus placeres. Si la esposa le insta a que abandone tan peligroso oficio, él le contesta: "Mujer, yo no soy para pastor: necesito correr tras lo que huye, y sólo vivo cuando arriesgo mi existencia."

Nada hay en Tell de Bruto, de Bolívar ni de Washington. Apenas sabe quién gobierna en Uri, es cazador y simplemente cazador. La libertad consiste para él en apropiarse con arrojo y con destreza lo que huye, lo que nada o lo que vuela. Es indómita su alma, como el potro que vive en el misterio de los bosques y al que nadie ha logrado poner silla. Dejadle que se pierda en la montaña, que se encarame a la remota cresta, que satisfaga su necesidad fisiológica de movimiento, que bregue con la fuerza de las olas y ejercite sus músculos de hierro: Tell vivirá contento y satisfecho.

En el hogar es blando y apacible, y afuera, en la montaña o en el bosque, desafía el precipicio y lucha cuerpo a cuerpo con la fiera. La caza es para él un desahogo. En ella sacia sus pasiones malas, y cuando vuelve, fatigado, a su cabaña, ya no le hostiga el ansia del combate: come, refiere a la mujer sus aventuras, acaricia las cabecitas de sus hijos, duerme, sueña! Ponedle entre piratas y

asesinos: Guillermo Tell será su capitán. Educadle en la torre de un castillo entre guerreros, armaduras y bridones: Guillermo Tell será un conquistador. La misma fuerza en diferentes medios produce a Haroldo, al Cid, a Tell. Tienen los tres ingénita bravura, el propio aborrecimiento a todo yugo, la misma sed de destrucción. Aquél saquea; ése conquista, y éste caza. En el alma del Cid se proyecta la sombra del torreón feudal; en la de Tell la fresca y rumorosa de los bosques. Uno es el hombre encarcelado en la armadura de la Edad Media; otro el hombre desnudo de la selva. El pedestal del Cid es un castillo. El pedestal de Tell una montaña. Oíd al Cid: las huestes de los moros son mucho más numerosas que las suyas; todos le ruegan que no empeñe la pelea. El desoye las súplicas, ataca y quita al enemigo su bandera. Oíd a Tell: el "foehn" se desencadena, el lago está enfurecido y su oleaje es formidable. Ningún barquero se atreve a aventurarse en esas ondas. Tell desprecia consejos, no oye ruegos, entra a la barca, coge el timón, lucha con brío, y Conrado Baunegarten llega a la opuesta orilla sano y salvo. El Cid lucha sin tregua con los moros; Tell con los brutos y las fuerzas naturales. Desde la agreste cumbre de los Alpes, desde la torre parda del castillo, el Cid y Tell se reconocen y se

contemplan. El Campeador no tiene soberano; sirve a su honor, no a Sancho, ni a Fernando. Si le humillan, insulta al rey y hasta amenaza al Santo Padre. Poned a Tell en el castillo y arrancará ciudades a los moros. Poned a Cid Rodrigo en la montaña y matará gamuzas con sus flechas.

Tell en su choza, en su cantón, en su montaña, en aquel medio patriarcal y sano, sólo emplea su vigor en arriesgados ejercicios corporales. Es libre como el aire que respira. Mientras no se le hiera o se le humille, no hará mal. Muy al revés, su alma está abierta a todas las sugestiones elevadas. Es como el eco retumbante de los Alpes: repite estremecido el clamor hondo del montañés que se despeña a la barranca, el grito del infortunado caminante a quien sorprende y arrebata algún alud, la queja lastimosa del rapaz perdido en la recóndita espesura. Hedwigia reprende a Tell por su excesiva caridad. Esta, a mi juicio, es una hermosa manifestación de su valor. Examinad sus buenas obras, una a una: en todas ha tenido que ostentar el vigor de su brazo y la entereza de su ánimo; desafiado el peligro cara a cara y puesto en grave riesgo su existencia, y Tell ama el peligro; sobre todo cuando la caridad va por su senda, Tell la guía.

Hasta en el odio mismo a los malvados, Tell es un cazador y nada más. Para él la tiranía es un precipicio y el malvado una fiera. Pero mientras el oso no le coge con sus velludas y asperas manazas, deja que pase sin hacerle daño. Gessler y él se encontraron cara a cara en un desfiladero temeroso. Torrente mugidor hervía abajo, y arriba alzaba el monte su pared ciclópea. Con el impulso más ligero Tell habría despeñado al fiero déspota. Hasta el agua hervorosa lo pedía. Gessler sintió pavor, chocaron sus rodillas y se erizaron sus cabellos. Tell, empero, dijo al tirano humildemente: No hayáis miedo, yo no hago daño a nadie, yo soy bueno.

Nada premeditado ni resuelto hay, pues, en la tragedia del arquero, cuya estrecha e inculta inteligencia no podía concebir la idea del sacrificio por la patria, que es una gran generalización. Afligían, es verdad, su ánimo honrado, los sufrimientos de sus compañeros; pero nada tramaba en su defensa. Cuando la mansedumbre se desborda y se inicia la época de acción, parte la idea de William Stauffacher y de Furst. Tell no concurre a la cita del Grutli. ¿Para qué? Nada sabe ni entiende de esas cosas: Tell es un apodo y significa "simple". "Haced lo que queráis y disponed de mí como gustéis. Yo no entiendo de planes ni

de tramas. Mas si habéis menester un brazo firme, un corazón entero y una buena ballesta, aquí estoy yo." Tell pinta en estas frases su carácter; es el remo, es el hacha y la ballesta. Irá sin titubear cuando le llamen, por odio a Gessler que le ve de reojo, por amor a los suyos que padecen, y —más que todo— por amor al riesgo. Los hombres destinaban a Guillermo una función pasiva: querían hacerlo su instrumento dócil. El pueblo lo hizo su héroe, y su caudillo. La leyenda encontró esta luciérnaga en el musgo, la agrandó con su aliento y brilló el astro.

Veamos cómo se operó esta metamorfosis. Tell sólo quiere conservar incólume la libertad de sus constantes correrías. Lo dice su canción: "Como el buitre en los aires reina el cazador libremente en los barrancos y montañas. Suyo es el espacio que alcanza su flecha; cuanto vuela y cuanto se arrastra, todo es suyo." Y cuando el hijo, oyendo de sus labios que hay otras tierras donde crece el trigo, le pregunta por qué no van a ellas, Tell le responde: "Porque las aves y los peces son del rey." Dos modos, pues, había de provocar en ese espíritu sencillo la rabia contra Gessler. Coartar su libertad de cazador o herirle como padre de familia. La repugnancia que le inspira el mal, se convierte de súbito en el febril deseo de extermi-

narlo. El cazador experto de gamuzas se trueca en el guerrero listo y zurro.

Gessler es lisa y llanamente un lobo. La historia no ha querido recogerle, porque en sus jaulas férreas sólo entran los tigres extraordinarios como Nerón o los perros útiles como Luis Onceno.

El lobo feo, vulgar y desgarbado, no puede estar con el león de soberbia melena, ni con el hipopótamo gigante. Nerón es un voluptuoso bestial; Luis Onceno es un perro que vela el sueño de Francia; clava sus colmillos repugnantes en la pierna del feudalismo salteador. Gessler es depravado y es tirano, mas sin utilidad y sin grandeza. Y como Gessler eran casi todos los que a mordidas y arañazos se disputaban el señorío de aquellas ásperas montañas. Uno de éstos, Enrique de Toggemburg, había casado con la hermosa Ida. Esta, asomada cierta tarde al torreón de su castillo inaccesible, deja caer por inadvertencia o por desdicha la sortija nupcial. El resplandor del oro atrae a las aves como a las mujeres. Una urraca baja hasta el sitio en que la sortija había caído, y la lleva en el pico por el aire. Luego, cansada de su inútil presa, la abandona en el hueco de un encino. Allí hubo de encontrarla un joven paje, adornó con ella uno de sus dedos, y en esta guisa, ufano del ha-

llazgo, entró al castillo. Ver esta prenda en manos de aquel mozo e imaginarse que era dádiva de amor, todo fué uno para Toggemburg. Sin más indagaciones ni proceso, amarró al paje en la cola de indómito corcel que le dejó en pedazos esparcidos; y subiendo después hasta las grandes plataformas almenadas, arrojó desde allí a la triste esposa. El abismo, más piadoso que él, la rechazó. Las ropas y el cabello de la víctima se enredaron en el ramaje de un arbusto, e Ida quedó suspensa en el vacío. Luego, a favor de la nocturna sombra, trepando por las grietas y las ramas, la inocente mujer logró evadirse y llegar a la puerta de un monasterio. Allí se refugió y allí murió.

Otro de estos tiranos insensatos obligó a su hermano a estar en cuatro pies constantemente. Si profería una queja le azotaban. Gessler, de quien poco refiere la leyenda, no era menos cobarde e inhumano. Sobre todo, sus fechorías y sus delitos son bajos y groseros y canallas. Tell parte un día de su cabaña con su hijo de la mano y su ballesta en el hombro. Edwigia le insta a que no salga. La mujer adivina el peligro, como el gallo adivina el día. Puede venir a distancia muy larga, pero ella tiene el oído fino de esos salvajes que, pegando la oreja en tierra, oyen

las pisadas del enemigo que viene a muchas leguas. Como el salvaje se habitúa a escuchar los rumores vagos del desierto, la mujer, cuando ama, se acostumbra a distinguir los sollozos lejanos del dolor. Edwigia suplica a su marido que se quede; Tell se va. Es huraño y valiente. Basta que le detengan, asiendo su chaqueta de montaña, para que él se vaya por la fuerza; y basta que le anuncien un peligro, para que salga animoso a su encuentro. Y además ¿qué puede temer? No hace daño a nadie y tiene su arma para defenderse. ¡En marcha, pues! Walter, su hijo, afecto a correrías y caminatas, se empeña en acompañarle. Es un pájaro salvaje que necesita beber aire en la montaña. Guillermo, el mayorcito, prefiere acompañar a la madre. Es el gato blanco que se acurruca en la cocina. Walter es el espejo del padre; Guillermo, el de la madre. Por eso, cuando Gessler pregunta a Tell con pérfida intención: ¿Cuál es el preferido entre tus hijos? Tell le dice: "El chico es al que hago más caricias."

Allí van, pues, arquero y rapazuelo por las montañas que blanquea la nieve y que, alzando sus crestes hasta el cielo, protestan de la tiranía en nombre de la gran naturaleza. Allí van: ese

niño vigoroso es la libertad que comienza a andar. Tell la guía.

Llegan a Altorf. Colgado de una percha se ostenta el sombrero viejo de Gessler. ¡Error inicuo! Aquel sombrero está usurpando el sitio a la cabeza. Gessler lo ha puesto allí para espantar la libertad, como el labriego lo hace en los trigales para espantar los pájaros ladrones. El mismo centinela que lo cuida le da el nombre de "espantajo" y aun añade: "Desde que se colgó en lo alto de la percha, la pradera ha quedado desierta." Mandó el gobernador que cuantos pasan se arrodillen ante el ridículo sombrero.

Izar el sombrero (den hut aufstossen) significaba en esas tristes épocas, convocar al pueblo para la asamblea o para la guerra y hacer por ende una manifestación de soberanía. En el drama de Schiller se ríe el pueblo del pregón que se lee en las plazas públicas y prescribe la casi adoración del sombrero ducal. ¿Qué nueva extravagancia es ésta?, dicen todos. Pero esta risa y esta burla no están conformes con la verdad histórica. Ponerse de rodillas ante un fieltro era cosa corriente y admitida.

Mas como el pueblo aborrecía al gobernador, nadie quería pasar frente a la percha. El cura, con el Viático en las manos, se puso en la mañana

junto al mástil. De esta suerte, los pobres campesinos se arrodillaban ante Dios y no ante Gessler. Cuando Tell pasa, el cura no está allí. Continúa su camino. No se hinca. ¿Por qué? ¿Por independencia de carácter? No; adelante lo dice con lealtad; no conoce el decreto: ahora que lo sabe, doblará la rodilla ante el sombrero. El no vive en comercio con los hombres. Los pinos y las águilas del monte no pregonan las órdenes de Gessler. Este, empero, se muestra inexorable; odia a Tell, porque su dardo va derecho al blanco y esa flecha es una amenaza para los malvados. Le aborrece porque tembló ante su presencia, cuando se encontraron frente a frente en el desfiladero. Está aburrido y quiere divertirse. La primera frase que se escapa de sus labios, revela el miedo: "Tell, eres maestro en el arco, dicen que das siempre en el blanco." El niño entonces, con orgullo infantil, contesta a Gessler: "Cierto, señor, mi padre acierta una manzana a cien pies." Estas palabras son un rayo de luz, o mejor dicho, una llama de infierno para Gessler. Que se coloque una manzana en la cabeza del niño y que Tell le dispare a 80 pasos. Y si resiste morirán los dos. ¡Horrible idea! El lobo ha saltado ya a la nuca del cazador. Tell no lucha por su patria ni por sus libertades, se defiende.

¿Disparará? Edwigia dice con sobrada razón en otra escena: "Un padre amante prefiere morir a disparar sobre su hijo." Tell pudo en ese momento apuntar al pecho del tirano y traspasarlo. Eso era lógico. Pero Guillermo Tell no solamente es padre, es cazador. El reto a su vanidad de ballestero, le da bríos. Quiere probar que su hijo ha dicho bien; dudan de su destreza, y esto le humilla. Dispara, pues, y acierta la manzana. Mas ¿para quien había guardado aquella flecha que esconde junto al pecho? Gessler lo pregunta y el arquero responde: "¡Para ti!" Está soberbio; es el león azuzado. El soñador acaba, el héroe nace.

Gessler, más medroso que nunca, porque ha observado con sus propios ojos la habilidad de Tell, manda que lo maniaten y lo pongan en su barca, para llevarlo él mismo a la fortaleza de Kussnacht. Aquí Dios baja y el demonio sube a la superficie del lago. La tempestad reina como soberana y el viento y las olas se mofan de los esfuerzos del hombre. El campanero ha divisado una barca en peligro. Se oye el toque de oración. Los pescadores creen que van a romperse los peñascos y a hundirse las agujas de hielo. La tempestad ha penetrado en la sima y se revuelve colérica, como bestia feroz. Muge y busca en vano

salida, porque las altas rocas, tocando el cielo, la prisionan. Oíd a Tell: "Iba en la barca atado fuertemente con cuerdas, indefenso y sumiso. Yo no esperaba ver más la riente luz del día ni el amado rostro de mi mujer y de mis hijos, y extendía la mirada con desesperación sobre la desierta superficie de las aguas. Así bogábamos, el gobernador, Rodolfo de Harras, los criados y yo. Mi carcaj y mi ballesta iban a la popa de la barca, cerca del timón. Apenas llegados junto a la roca de Axemberg, de repente, por especial favor del cielo, horrible tempestad se precipita por el desfiladero de San Gotardo... flaquean los remeros... todos se imaginan que vamos a naufragar. Entonces oigo que uno de los criados se dirige al gobernador y le dice: Ya veis, señor, que vuestro peligro es el nuestro, estamos a las puertas de la muerte, y los remeros espantados no saben conducir la barca; pero aquí está Tell que es hombre vigoroso y sabe cómo se maneja el timón; ¿qué os parece?... si en el riesgo que corremos echáramos mano de él...?

Y me dice el gobernador: —Tell, si crees poder salvarnos, mandaré que te desaten. — Sí, señor —respondo yo—. Con ayuda de Dios, creo poder arrancaros de aquí. Y me desatan, empuño el timón y empiezo a maniobrar con brío. Pero yo

miraba de reojo mi ballesta y buscaba atentamente en la costa un paraje a donde saltar. Veo de pronto una roca plana que se interna en el lago... Grito a los remeros que maniobren con firmeza hasta llegar a aquella roca, porque una vez allí —les digo— habremos escapado del peligro mayor. Llegados cerca, me encomiendo a Dios, atraco la barca con todos mis puños, cojo rápidamente la ballesta, salto a tierra y con vigoroso esfuerzo empujo la barca hacía fuera, donde ya puede seguir flotando hasta el día del juicio. A mí, aquí me tenéis, libre de la furia de la tormenta y de la maldad de los hombres."

Gessler se salva de la borrasca, pero no de Tell. El tirano quiere perseguirle y cobrar venganza en su familia. Tell le aguarda. Allí está en la hondonada de Kussnacht, descansando en el banco de piedra, que a falta de abrigadora habitación ofrece al viajero un momento de descanso. Allí se suceden los que pasan con mutua indiferencia, sin informarse de sus pasos. Allí descansa el inquieto mercader y el ágil peregrino, el monje piadoso y el sombrío bandolero, el alegre tañedor y el buhonero con su caballo cargado que vuelve de lejanas tierras. Toma cada cual el camino que conviene a sus negocios: el de Tell lleva al homicidio.

Ya no es el mismo soñador de la montaña. El nos lo dice: "Vivía tranquilo, inocente, sin que nunca dirigiera mis tiros más que a los animales del bosque, ni hubiese manchado mi conciencia con la idea del asesinato, cuando tú viniste a perturbar mi paz. Tú has emponzoñado mis pensamientos antes piadosos; tú me habituaste al crimen. Quien puede disparar a la cabeza del hijo de su alma, puede también herir en el corazón de su enemigo.

Fuerza es que defienda de tu cólera a mis pobres e inocentes hijos, a mi fiel esposa. Cuando mi mano trémula tendió la cuerda del arco y tú me forzaste con astucia infernal a apuntar a mi hijo; cuando suplicante y exánime me viste a tus pies, ¡ah!, entonces hice en el fondo de mi corazón un juramento horrible que oyó tan sólo el cielo: juré que tu pecho sería el blanco de mi primer tiro." Tell no habla de tiranía ni de libertad. Es un padre que defiende a sus hijos; un hombre que se venga; un cazador que se ejercita, y pasa el gobernador y Tell lo mata.

De esta muerte nació la libertad. Las fogatas prendidas por los campesinos en lo alto de los montes, espantaron las fieras. ¿Tell pensó en esto? No, sin duda alguna. Fué un libertador. Mejor dicho, fué un brazo formidable, pero no

el brazo de Walter Furstnid, de Werner Stauffacher: el brazo hercúleo del destino. Cuando Juan, el parricida, teñido aún con la sangre del emperador Alberto, le pide protección, Tell lo rechaza. ¿Qué tiene de común con ese infame? No es regicida ni asesino; es cazador. No mató a un rey ni a un soberano; mató a un lobo.

¿Por esto es menos grande? No, tampoco. ¿Quién baja a las profundidades de los móviles ni quién descarta de su vida el egoísmo? Las coronas se ponen en la cabeza de la estatua y no en la base. Los cimientos macizos de la torre descansan en los senos tenebrosos; mas la gótica aguja toca el cielo. Guillermo Tell tiene la estatura de cinco siglos. Ya no es el cazador; ya no es el padre: es Suiza libre. Ved; su sombra planea con la ballesta al hombro sobre las cimas de los Alpes. Descubríos. Guillermo Tell es la forma humana, la forma honrada de la libertad. No examinéis atentamente la leyenda. Viendo así, Guillermo Tell es un cazador, Gessler un lobo.

LA CAMPANA *

Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango.

"El molde de greda recocida se encuentra ya bien asegurado debajo de la tierra; ¡hoy debe concluirse la campana! Compañeros, pronto, ¡al trabajo! Que el sudor bañe vuestras ardorosas frentes; la obra honrará al artífice, si lo acompaña la bendición del cielo."

Conviene mezclar sólidos discursos a los trabajos serios que emprendemos: los pensamientos sabios endulzarán la pena. Observemos atentamente el buen resultado de nuestros débiles esfuerzos; vergüenza al ser estúpido que no puede comprender la obra de sus manos. El raciocinio

---

* Traducción de José González de la Torre ("Recuerdo de amistad a mi amigo Rafael Cosmes"), "El Siglo xix", México, 20 de julio de 1850.

es el que ennoblece al hombre, descubriéndole el motivo y el objeto de sus trabajos.

"Tomad madera de abeto bien seca, echadla y la llama saldrá por los tubos con más violencia. Que un fuego activo precipite la fusión del cobre y del estaño, para que el metal flúido se extienda después en el molde."

Esta campana que formarán nuestras manos con ayuda del fuego en el seno de la tierra, frecuentemente dará testimonio de nosotros desde su altura. Ella debe durar muchos años; ya sea que se lamente con los que padecen, ya que una sus acentos a los de la oración. Todo lo que el destino inconstante reserva a los mortales, ella lo contará con su boca de bronce.

"Las burbujas del aire blanquean la superficie. ¡Bien! La masa se derrite ya. Dejémosla penetrarse de la sal alcalina que debe facilitar la fusión; es preciso que la mezcla se limpie de la espuma, para que la voz del metal retumbe pura y sonora."

La campana saluda con acentos de alegría al precioso niño que nace a la luz, hundido en los brazos del sueño; fatal o dichoso su destino, descansa también en el porvenir; pero los cuidados del materno afecto vigilan su mañana dorada.

Los años pasan como un soplo. Joven ya, se aparta de los juegos de sus hermanas y con arrojo se precipita a la vida... Corre el mundo con el báculo del peregrino, y luego vuelve como extranjero al hogar paterno.

Entonces es cuando la joven, noble imagen de los cielos, le aparece en todo el esplendor de su belleza, con sus mejillas sonrosadas por la modestia y el pudor. Se apodera de su corazón un deseo inexplicable; vaga solo y las lágrimas brotan de sus ojos; huye bruscamente de sus compañeros; sigue, aunque ruborizándose, los pasos de su amada, con cuyo saludo se cree feliz, y busca con avidez la flor más hermosa de los campos para adornar su frente. ¡Oh tierno anhelo! Dulce esperanza de la época dorada del amor naciente; sus ojos ven el cielo abierto y su corazón nada en un amor de ventura... ¡Oh!, ¡que florezca siempre el tiempo hermoso del amor primero!

"¡Ya los tubos se ennegrecen; voy a hundir esta rama en el crisol; si sale cubierta de una capa vidriosa será ya tiempo de vaciar. Ahora, compañeros, probad la mezcla y ved pronto si se ha efectuado ya la unión del metal sólido al dúctil."

Porque del enlace de la rigidez con la dulzura, y de lo fuerte con lo blando, resulta una armonía celestial. Aquellos que se unen para siempre, deben asegurarse que sus corazones se corresponden. La ilusión dura poco y el arrepentimiento es eterno... Con qué gracia se mueve la corona virginal sobre la frente de la joven esposa, cuando el sonido argentino de las campanas la llama a las fiestas del Himeneo. ¡Ah!, la fiesta más hermosa de la vida nos anuncia el fin de su primavera. Con el cinturón, con el velo, ¡cuántas ilusiones se acaban! La pasión huye y la amistad la sucede; la flor se marchita y el fruto la reemplaza. Es preciso que el hombre en su lucha con una vida tan hostil emplee alternativamente la actividad, la destreza, la fuerza y la audacia para labrar su dicha. Obrando así, la abundancia le colma con sus dones: sus graneros rebosan de riquezas, sus dominios se aumentan, se extiende su casa. En el interior la madre se afana, y todo lo gobierna sabiamente; instruye a su hija, templa el ardor de su hijo, no cesan de trabajar sus manos laboriosas, y su espíritu de orden aumenta los bienes adquiridos; llena sus perfumados cofres con tesoros; de continuo zumba el hilo devanándose en la rueca, y reúne en sus armarios deslumbradores la lustrosa lana y el plateado

lino, uniendo a la solidez de la obra el brillo y la hermosura, sin descansar jamás.

El padre desde lo alto de su casa arroja una mirada de satisfacción sobre su fortuna que florece alrededor: contempla sus árboles, sus cercados, sus graneros llenos, y sus campos ondeantes por las nuevas cosechas: de pronto estas palabras de orgullo se escapan de su boca: "Mi prosperidad, sólida como los fundamentos de la tierra, desafía de hoy más al infortunio." ¡Ah!, ¿quién puede celebrar un pacto eterno con la suerte?... ¡La desgracia siempre llega imprevista!...

"¡Bien!, la fundición puede comenzar: la cisura está ya dentada; sin embargo, antes de abrir el conducto, dirijamos una oración fervorosa al Señor! Destapad, y que Dios proteja la obra. ¡Ah!, cómo se precipitan las olas de fuego por el espacio que se les ha abierto."

El fuego es una potencia bienhechora cuando el hombre lo domina y lo vigila; es un don celestial que facilita y perfecciona los trabajos; pero cuán temible es este hijo de la naturaleza cuando sobrepuja los obstáculos que lo encadenan, y vuelve a su primera independencia. Desgracia, cuando entregado a sí mismo desarrolla su marcha triunfante en el seno de una ciudad populosa, por-

que todos los elementos son enemigos de las obras del hombre. De las nubes, fuentes de bendición, viene la lluvia, y de su seno se desprende el rayo.

¿Escucháis ese sonido que vibra en la torre? Es el toque a rebato. El cielo resplandece con un color de sangre, y sin embargo, aún no viene la aurora. El fuego se levanta a los cielos en columnas flamígeras. Unas veces y otras se precipita con violencia a lo largo de las calles, como saltando de la boca de un horno.

El aire está inflamado. Las vigas crujen, los muros se desploman, los vidrios saltan, los niños gritan, las madres corren en todas direcciones, los animales aúllan vagando entre las ruinas. Todos se precipitan, huyen, se escapan. La noche brilla con todo el esplendor del día. Se establece una larga cadena de hombres en derredor del incendio; los cubos vuelan de mano en mano, y por todas partes el agua se lanza de las bombas formando arcos. Pero mirad que el aquilón viene rugiendo a soplar la hornaza... está hecho... la llama invade los graneros donde se guardan las ricas cosechas, se apodera de la leña seca: después, como si quisiera en su poderosa huída arrastrar consigo todo el peso de la tierra, se lanza al cielo en formas gigantescas. Perdida la esperanza retrocede el hombre ante la voluntad del cie-

lo, e inmóvil y consternado asiste a la destrucción de sus obras.

¡Todo es vacío y cenizas! Desde hoy sólo la tempestad habitará estas ruinas, moradas del espanto que como testigos silenciosos contemplan las nubes desde el cielo.

Una última mirada a la tumba de su fortuna, y el hombre se aleja; ha vuelto a tomar el báculo del viajero... Es todo lo que el incendio le ha dejado; pero aún le queda un consuelo: cuenta las cabezas que le son queridas, ¡y todos han sobrevivido!

"La tierra ha recibido el metal, y el molde está lleno felizmente: quiera el cielo que nuestros afanes y trabajos se vean coronados; pero ¿si la fundición no es surtida? ¿Si el molde se rompiese? ¡Ah! mientras que nos entregamos a la alegría, el mal acaso está ya consumado.

"Confiemos la obra de nuestras manos al seno tenebroso de la tierra: el labrador le confía su semilla, esperando que la bendición del cielo hará brotar la cosecha. Es más precioso aún lo que nosotros con temor depositamos aquí: ¡ojalá que también salga de la fosa con más glorioso destino!"

Desde su elevado asiento llama la campana grave y sombría a las tumbas funerales; sus acen-

tos solemnes acompañan al peregrino en su último viaje. ¡Ah! es una esposa fiel, una tierna madre que el príncipe de las tinieblas arranca a los brazos de su esposo, a los niños que joven aún ella criaba con un amor inagotable. ¡Ay! esos lazos de familia se han roto y para siempre, pues ella habita la región de las sombras. Sus cuidados, su dulce autoridad, no velarán ya sobre sus hijos, víctimas de hoy más de una madrastra insensible.

"Mientras que la campana se enfría suspendamos nuestros rudos trabajos, y que cada uno se divierta como las aves en el follaje. A la primera luz de las estrellas, el siervo, libre del trabajo, escucha con alegría el toque de las oraciones; mas para el señor no hay descanso."

El que paseando se ha internado mucho en los bosques solitarios precipita los pasos hacia su habitación querida. Las ovejas que balan y los bueyes de piel lustrosa y de ancha frente, llegan con paso tardío, mugiendo, al establo acostumbrado: el pesado carro se arrastra con dificultad por la carga de la cosecha, y encima de la gavilla descansa una corona de varios matices. La cuadrilla de los segadores se entrega al baile llena de alegría.

Entretanto el silencio se extiende en las calles y plazas: los que habitan bajo el mismo techo se reúnen en derredor del hogar común, y las puertas de la ciudad se cierran con un gemido prolongado. La noche se obscurece más y más; pero el pacífico ciudadano no la teme; si el miserable se escuda con las sombras, el ojo de la ley vigila sus pasos.

¡El orden es hijo benefactor del cielo!, el que une a los hombres con dulces y amistosos lazos, el que afirma los cimientos de las ciudades, el que arrebata de los bosques al indómito salvaje; entra en las habitaciones de los hombres, endulza sus costumbres y da sentimiento al más santo de los amores, al amor de la patria.

Por él, mil brazos activos se ayudan mutuamente y se unen todos los esfuerzos para el mismo objeto; el maestro y los compañeros trabajan bajo la protección de la santa libertad: cada uno vive contento con su suerte y desprecia el ocio vergonzoso, porque el trabajo hace la gloria del ciudadano y la felicidad su recompensa: sus obras le honran como al rey la dignidad.

¡Amable paz! ¡dulce unión!, fijaos para siempre en nuestro suelo: que jamás llegue para nosotros el día en que las bandas sanguinarias de la guerra invadan este valle silencioso, en que el

cielo que se tiñe con el rojo apacible de la tarde, refleje nada más que el incendio espantoso de pueblos y ciudades.

"Ahora, romped el molde; ya cumplió su destino: que nuestro corazón y nuestros ojos gocen a la vez en el dulce espectáculo que van a contemplar: levantad el martillo, golpead, golpead, aún más, hasta que la chapa salte en pedazos, si queréis que hoy nazca la campana."

El maestro puede romper el molde con mano diestra, y en el tiempo conveniente; pero ¡ay! si la materia inflamada se escapa en torrentes de llamas, cuando con el estampido del trueno rompe su estrecho recinto, llevando la destrucción consigo, semejante a las llamas del infierno! Donde las fuerzas no están dirigidas por la inteligencia, ningún efecto bueno puede producirse: ¡ay! cuando un pueblo se subleva no hay ya prosperidad para él.

¡Es horrible, cuando la discordia se sostiene sobre las ciudades con alas de fuego! El pueblo sin freno se apodera del cuidado de defenderse; ¡entonces la discordia tira de las cuerdas de la campana, convirtiendo sus sonidos pacíficos en señales de violencia!

¡Libertad! ¡Igualdad! Por todas partes resuenan esos gritos. El pacífico ciudadano toma

las armas. Las calles, las plazas se llenan con la multitud. Bandas de asesinos las recorren; las mujeres se convierten en hienas y añaden la mofa a los horrores: con dientes de pantera destrozan el corazón palpitante de sus enemigos. Nada hay ya sagrado; los lazos del temor religioso han desaparecido enteramente; los buenos ceden su lugar a los malos y los crímenes marchan con la frente erguida.

¡Es peligroso despertar al león, es de temerse la cólera del tigre!, pero es más terrible aún el hombre enfurecido. Desgraciados de aquellos que confían la luz a un ciego; a él no lo alumbraría, pero podría en sus manos reducir a cenizas las ciudades y los campos.

"¡Oh, qué alegría! ¡Mirad cómo el cilindro metálico, limpio de la greda, luce como una estrella de oro! De la cabeza a los bordes brilla como el sol; el escudo de armas que lleva estampado, ensalza también al artífice!"

Acudid, compañeros, acudid en derredor de la campana, y bauticémosla; su nombre debe ser *La Concordia*, pues ella preside a la reconciliación y une a los hombres en amistosos lazos.

Este fué el objeto del maestro al fabricarla; lejos de las pasiones viles de la tierra, debe quedar suspensa en el éter, vecina del rayo y corona-

da de estrellas. Que su voz se una al concierto de los astros, que celebran al Creador y arreglan el curso de las estaciones; que su boca de metal sólo resuene para lo grave y religioso; que en todas las horas, el tiempo la hiera con sus rápidas alas; que la suerte le preste su lengua; que ajena al odio y al amor, sus movimientos nos instruyan de las vicisitudes humanas, y así como sus vibraciones vienen a morir en el oído después de herirlo majestuosamente, que nos enseñe que en la tierra nada hay estable y todo pasa como un sonido vano.

"Ahora con la fuerza de los cables sacad la campana de la tierra; que se eleve en los aires, esa región hermosa del sonido. Tirad, tirad aún; ¡ya se mueve... se levanta! Ahora anuncia la alegría a nuestro pueblo; que sus primeros acentos proclamen la Paz."

EL REHEN *

Moros se introduce cautelosamente cerca de Dionisio, el tirano, armado de un agudo puñal que lleva oculto bajo su vestido: los arqueros lo arrestan y lo sujetan con duras cadenas. —Habla, le dice con aire siniestro el déspota. ¿Qué pretendías tú hacer con ese puñal? —Librar al país de un tirano. — Espiarás, pues, tu crimen en el cadalso.

"Estoy dispuesto a morir", responde Moros. "No te pido perdón; pero sí, acuérdame una gracia. Necesito sólo tres días para enlazar a mi querida hermana con su prometido esposo. Te doy

---

* Traducción libre de D. F. Vila, "El Espectador de México", revista semanal publicada por los redactores de "El Universal", y los del "Antiguo Observador Católico", 1851.

en rehenes a mi único amigo: si no vuelvo puedes matarle."

El rey reflexiona un momento y con sarcástica malicia le dice: "Te acuerdo los tres días: mas no olvides que pasado ese término fatal, si no estás de vuelta, tu amigo sin remisión muere, y tú entonces obtendrás el indulto."

Moros sale en busca de su amigo y le habla: "El rey manda que purgue mi crimen en un cadalso: me ha concedido sólo el término de tres días para enlazar a mi hermana con su futuro esposo: tú te quedas cerca del rey en rehenes de mi persona, a mi regreso yo te libertaré."

El fiel amigo le abraza en silencio y, sin más, se entrega en manos del inflexible tirano. El otro parte; antes del tercer día ha desposado a su hermana, y puéstose apresuradamente en camino por temor de llegar demasiado tarde.

A la sazón caen tormentas de lluvia, copiosos raudales de agua se precipitan con furia desde la cumbre de las montañas, y los caudalosos ríos salen de madre; y al llegar a las orillas de un riachuelo nuestro anhelante amigo, apoyado en el báculo que le ayuda a andar, las impetuosas oleadas hacen bambolear el puente, derriban los arcos y, al desplomarse, retumban en las vecinas colinas a la manera de un horroroso trueno.

Recorre de un punto a otro la solitaria ribera, y desesperado tiende la vista por todos lados por donde se alcance a divisar una navecilla salvadora; y llamando a voz en grito una y otra vez el socorro de una piadoso barquero, nadie se le allega, y el torrente salvaje tiende a los lejos sus aguas como la mar embravecida.

Déjase entonces caer sobre la margen lodosa, levanta sus manos suplicantes al cielo, prorrumpe en amargo lloro y exclama: "¡Oh! Detén, Dios mío, el ímpetu de esas olas: el tiempo vuela; el sol está por llegar a la mitad de su carrera, y al ocultar su faz bajo el horizonte, si yo no he llegado a la ciudad, mi amigo, mi siempre fiel amigo, va a dejar de existir."

El furor de la tormenta crece sin embargo por momentos; las olas pasan sobre otras olas: las horas se suceden rápidamente. En medio de tan acerba angustia, Moros se resuelve a arrostrarlo todo: se arroja denodadamente a merced de la asoladora corriente, hiende sus oleadas con sus nervudos brazos, y un destello divino se apiada de él.

Ya del otro lado se pone de nuevo en camino para la ciudad, no sin dar antes rendidas gracias al cielo, que lo había salvado de tan inminente riesgo, cuando de improviso se arrojan sobre él

unos desalmados bandidos que ocultos en el bosque había; le cierran el paso; blandiendo sobre su cabeza sus pesadas armas le amenazan con la muerte.

"¿Qué se os ofrece?", les dice yerto de terror. "No poseo más que la vida y me es indispensable darla al rey." Arrebata al primer empuje una maza del bandido más osado. "En nombre de mi amigo, os ruego que tengáis piedad de mí." Vuelve a la lid y hace morder el polvo a los golpes de su mortífera arma a tres de los salteadores, y los demás huyen despavoridos a lo más recóndito del bosque.

El sol lanza con mayor fuerza sobre la tierra sus rayos ardientes: Moros, rendido por el cansancio, siente con vivo pesar doblársele ya las rodillas: "¡Oh, Dios mío!", exclama, "¿vos me habéis salvado de la saña de los forajidos y del furor de las olas, sólo para verme aquí desfallecer de fatiga, mientras mi amigo va a pagar el tributo mortal por su fidelidad?"

En aquel momento oyó cerca de sí un rumor apacible; se para y escucha: era la mansa corriente del agua pura que se deslizaba por un enorme peñasco. Se postra con alegría y refresca sus miembros abrasados.

Los últimos destellos del sol brillan en las copas de los árboles y las gigantescas sombras del bosque se extienden confusamente sobre los prados. Moros divisa a dos traseúntes que alargan a todo andar su paso, y les oye pronunciar estas palabras: "Ahora mismo va a morir en un cadalso."

El dolor le da nuevo ánimo y el ansia le presta sus alas: a la luz del crepúsculo ve a lo lejos brillar los muros de Siracusa, y Filóstratos, el guarda fiel de su casa, se dirige hacia él y le mira con horror.

"Aléjate —dice—, ya no puedes salvar a tu amigo, pues va a morir; salva a lo menos tu propia vida: de hora en hora confiado aguardaba tu regreso, y ni las sarcásticas chanzas del déspota cruel podían arrancarle su firme esperanza."

"Si es tarde ya —le responde—, si no puedo salvarle, quiero que la muerte me una a él. Ese tirano sediento de sangre, no podrá decir que un amigo haya faltado a la palabra dada a otro amigo: que nos sacrifique a los dos, y crea a lo menos en la fidelidad."

Ya el sol desaparece del horizonte. Moros se halla a las puertas de la ciudad y descubre entre la curiosa muchedumbre un cadalso. Ya sujetan en él a su amigo, y rompe con violencia al través

de todos los obstáculos. "Soy yo, clama a toda voz, soy yo el que debe morir; por mí se hallaba en rehenes."

El pueblo le mira con sorpresa. Los dos amigos se arrojan el uno en brazos del otro, y se desahogan en copioso llanto de contento y de dolor. Las lágrimas asoman a los ojos de todos los espectadores: van y refieren al autócrata lo que ha pasado. Siente aquél en su empedernida alma una emoción toda humana, y manda comparecer a los fieles amigos ante su solio.

Los contempla largo rato con admiración, y luego les dice estas palabras: "Vosotros habéis logrado dominar mi corazón, ¡la fidelidad, pues, no será de hoy más un vano nombre! Tomadme también a mí por vuestro amigo; yo os ruego que recibáis un tercero en vuestra envidiable unión."

DESPEDIDA DE HECTOR *

ANDRÓMACA

¿Quieres, Héctor, dejarme para siempre
Por luchar con Aquiles, que invencible
A los manes te ofrezca de Patroclo?
¿Quién a tirar el dardo, a orar al cielo
Vendrá a enseñar a tus amados hijos,
Si te devora por mi mal el Orco?

HÉCTOR

Adorada mujer, cese tu lloro.
Por Pérgamo lidiar y defenderla
Es lo que mi alma enajenada envidia.

---

* Traducción de José González de la Torre, "La Ilustración Mexicana", 1852. Publicada con el texto alemán.

De los dioses guardando el hogar santo
La muerte encuentre yo, salve a la patria
Y después baje a la laguna Estigia.

ANDRÓMACA

Yo no oiré de tus armas el rüido
Y aquí tu arnés podrá mirarse siempre;
Que la raza de Priamo en ti termina;
Tú irás donde no luce el sol hermoso,
Donde llora el Cocito al deslizarse:
Tu amor sin duda en el Leteo expira.

HÉCTOR

Todos mis pensamientos, mis anhelos,
Hundir quiero del Lethe en la corriente;
Pero nunca mi amor, yo no lo espiro.
¡Oye! el bárbaro ataca las murallas;
Cíñeme, pues, la espada y deja el llanto;
Mi amor no morirá ni en el Leteo.

EL CONDE DE HAPSBOURG *

En Aix la Chapelle, en una sala antigua, el rey Rodolfo está sentado al banquete del coronamiento con todo el esplendor imperial. El palatino del reino trae los manjares, el príncipe de Bohemia escancia el hirviente licor, y los siete Electores reunidos alrededor de Rodolfo como estrellas en torno del sol, desempeñan su cargo cerca del dueño del mundo.

Una turba alegre rodea el elevado balcón: las aclamaciones del pueblo mezclanse al sonido de la trompeta, porque después de una lucha dilatada y fatal, el interregno ha terminado y la tierra ha vuelto a hallar un juez. Acaba la ciega prepotencia de la espada; el pacífico y el débil no temen llegar a ser víctimas de la fuerza brutal.

* Traducción del francés por José María Roa Bárcena, "La Cruz", 1856.

El emperador, tomando la copa de oro y paseando en torno suyo miradas de satisfacción, dijo a los concurrentes: "He aquí una hermosa fiesta, un festín espléndido. Mi real corazón debe estar satisfecho de él; pero siento no ver al trovador que trae consigo la alegría; que por medio de melodías gratas conmueve mi alma, y por medio de elevadas lecciones me instruye. He conocido este placer desde mi juventud; y de aquello que buscaba y amaba cuando no era más que un simple caballero, no quiero privarme ahora que soy emperador."

Y he aquí que en medio del círculo de los príncipes, avanza el trovador cubierto de un largo manto; sobre sus sienes brillan sus cabellos blanqueados por los años. — "Una dulce melodía —dijo— reside en las cuerdas del arpa; el poeta canta los tributos del amor, celebra las cosas más grandes y mejores, lo que el corazón desea, lo que halaga nuestros sentidos; pero ¿qué cantos serían dignos del emperador en esta fiesta solemne?"

"No quiero prescribir cosa alguna al trovador", contestó el príncipe sonriendo; "él depende de un maestro más elevado, y sólo obedece a la hora propicia de la inspiración. Como el viento de la tempestad que resuena en los aires, que no

se sabe de dónde viene, y como el manantial que se escapa de sus cavidades profundas, el cántico se escapa del corazón del poeta y despierta impetuosamente los sentimientos confusos que dominan en las almas."

El trovador tomó su arpa e hizo vibrar sus cuerdas con vigor: "Un noble héroe iba por la montaña, persiguiendo a la gamuza fugitiva; montaba un hermoso caballo y su escudero seguíale llevando el venablo; al atravesar un valle oyó el sonido de una campanilla a lo lejos: era un sacerdote que caminaba a pie, precedido de su sacristán, a llevar el sagrado Viático a un enfermo.

"El conde se descubre humildemente la cabeza y se inclina hasta el suelo para rendir homenaje como buen cristiano a Aquel que ha salvado a los hombres. A través del valle corría un riachuelo que, engrosado por las ondas de un torrente, detenía los pasos del sacerdote: debía conducir a la otra orilla al Divinísimo. Quitóse el calzado y se preparaba a atravesar el riachuelo.

"—¿Qué hacéis?, le dijo el Conde mirándole con sorpresa. —Señor, debo llegarme a un moribundo que necesita del sagrado manjar; la avenida ha roto el puente que se elevaba sobre el arroyo; para ayudar a conseguir la salud del en-

fermo, voy a atravesar la corriente con los pies descalzos.

"El Conde le hace montar en su caballo y le pone en las manos sus riendas brillantes para que sin retardo pueda cumplir su piadoso deber y aliviar al enfermo. Después, montando en el caballo de su escudero, fuése alegremente a continuar la caza. El sacerdote, habiendo llenado su misión, vino al siguiente día a dar las gracias al Conde, trayéndole modestamente su caballo de la brida.

"¡No quiera Dios —dijo el Conde con humildad— que yo emplee ahora en la caza o en las batallas el caballo que ha conducido a mi Criador! Si no queréis guardarlo para vos, consagradlo al servicio de Dios. Yo lo ofrezco a Aquel por quien disfruto el honor de los bienes terrestres, el cuerpo, el alma, el aliento y la vida.

"Que el Dios omnipotente que oye la plegaria del pobre, os honre en este mundo y en el otro, como vos le honráis: sois un señor poderoso, conocido en toda la Suiza por vuestra caballerosa conducta: tenéis seis bellas hijas: puedan ellas —añadió el sacerdote con entusiasmo— traer a vuestra casa seis coronas, y pueda vuestro esplendor dilatarse hasta las más remotas generaciones."

El emperador escuchó el cántico con la cabeza inclinada hacia el pecho, y como si meditase lo pasado. Viendo al trovador comprendió el sentido oculto de sus palabras, reconoció las facciones del sacerdote, y ocultó con los pliegues de su manto de púrpura algunas lágrimas que se escaparon de sus ojos. Contémplanle todos los concurrentes, y en él reconocen al conde que tal homenaje había rendido a la grandeza de Dios.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MÉXICO
FILOSOFÍA Y LETRAS

EL CRUZADO *

"Compañero, mi corazón os ofrece el cariño de una hermana: No exijáis otra especie de cariño, porque me afligiríais. Os veo llegar sin conmoverme, os veo alejaros sin conmoverme tampoco. No puedo comprender las lágrimas de vuestros ojos."

El escucha estas palabras lleno de un gran dolor: se desvía de ella con el corazón desgarrado: oprímela luego con ardor entre sus brazos, y al fin aléjase a caballo: reúne a sus vasallos de Suiza y parte con ellos hacia la tierra santa, llevando la cruz en el pecho. Allí, el brazo del hé-

---

* Traducción del francés por J. M. Roa Bárcena, "La Cruz", 1856. Reimpresión, sin nombre de traductor, en "El Correo de las Señoras" (1883-86). El mismo texto aparece algún tiempo después en el mismo periódico, con el nombre de Roa Bárcena.

roe da cima a hechos grandiosos: el penacho de su casco ondea en medio de los lejanos contrarios; el nombre de Toggembourg es terror de los musulmanes; pero nada puede curar la herida de su corazón.

Soporta su dolor durante un año. Pero no puede hacerlo por más tiempo, y perdida toda esperanza de acallarlo deja el ejército; ve en las playas de Joppe un navío cuyas velas se inflan, y se embarca para venir al país en que suspira su amada.

Llama a la puerta del castillo que ésta habita, ábrenla, y oye el caballero estas palabras terribles: "Aquella a quien buscas lleva el velo y es esposa del Señor. Ayer se han celebrado las fiestas de su profesión."

El caballero deja para siempre el hogar de sus antepasados; no vuelve a ver ni sus armas ni a su fiel caballo; baja de Toggembourg sin que le conozcan porque su cuerpo está cubierto con ásperos vestidos.

Cerca del monasterio que se eleva en medio de una arboleda umbría, pónese a construir una cabaña y en ella permanece solo desde la mañana hasta la noche. Un rayo de esperanza ilumina su frente. Sus ojos están fijos en el monasterio: mira durante largas horas la ventana de su amada; es-

pera que esta ventana se abra; que la religiosa aparezca, que la imagen encantadora se muestre en el valle con su calma y dulzura angelicales. Conseguido esto, se acuesta con alegría y duerme consolado, soñando con la dichosa aparición del día siguiente. Pasan así muchos días, muchos años, sin quejarse el caballero, esperando que la ventana se abra, que la joven religiosa aparezca, que la imagen encantadora se muestre en el valle, con su calma y su dulzura de ángel. Cierto día amaneció muerto allí, inanimado, pálida la frente, y el semblante apacible vuelto hacia el monasterio.

EL GUANTE *

Frente a la arena donde los leones deben combatir, está sentado el rey Franz. En torno suyo aparecen los grandes personajes del imperio; y en los elevados palcos, forman las damas una guirnalda brillante. Hace el rey una seña: la mansión de los terribles animales se abre: avanza un león a paso lento, pasea silenciosamente sus miradas en derredor, abre la boca, sacude su melena y échase al suelo.

El rey hace una segunda seña: ábrese otra puerta, y un tigre salvaje sale dando un salto im-

---

* Traducción del francés por J. M. Roa Bárcena, "La Cruz", 1856. Reimpresión, sin nombre de autor ni de traductor, en "El Correo de las Señoras" (1883-86). El mismo texto aparece algún tiempo después en el mismo periódico, con el nombre de Roa Bárcena.

petuoso al aspecto del león; brama, agita su cola, alarga su lengua, da vueltas en torno del león, arrojando un murmullo sombrío, y se echa a su lado.

Todavía hace el rey otra seña: entonces la jaula vomita dos leopardos a la vez, los cuales se lanzan con ardor sobre el tigre; éste los asegura con sus garras poderosas: el león se levanta bramando... Después reina el mayor silencio, y los leopardos se echan en el suelo llenos de sangre.

En este momento, de lo alto de un palco, un guante desprendido de una linda mano cae en el suelo entre el tigre y el león.

La noble Cunegunda vuélvese hacia el caballero de Leorge, y le dice con aire burlesco:

"Caballero, si vuestro amor es tan ardiente, como me lo decís a todas horas, id a alzar mi guante."

El caballero baja apresuradamente, avanza con paso firme sobre la temible arena, y con mano atrevida alza el guante de en medio de las fieras.

Los caballeros, las damas, le miran con sorpresa y terror, y cuando trae sosegadamente el guante, un elogio se escapa de todas las bocas.

Cunegunda le acoge con tierna mirada que le promete una dicha próxima; pero el caballero,

arrojándole el guante al rostro, le dice: "No quiero absolutamente vuestro reconocimiento." Y la deja en el acto.

EL GUANTE *

En su parque de leones
De los combates la fiesta
El rey Francisco preside,
Y allí los grandes le cercan,
Y en torno del balcón alto
La flor de las damas bella.
Da la señal, y al momento
Abrese la plaza extensa
Y con majestuoso paso
Un león bizarro entra;
Y mira mudo en contorno,
Las anchas fauces abiertas,
Y las melenas sacude,
Y se estira y luego se echa.

---

* Traducción directa del alemán por José Sebastián Segura, "El Renacimiento", 1869.

Da el rey la señal segunda,
Y ábrese pronto otra puerta,
Y con terrífico salto
Un tigre sale por ella.
Y cuando al león percibe,
Los aires rugiendo atruena,
Hace arco horrible la cola,
Sacando espumosa lengua;
Y tímido en el estadio
Aullando al león rodea.
Después se estira y rebrama
Y a un lado se tiende en tierra.
Otra señal el rey hace,
Y la doble jaula abierta,
Dos leopardos a un tiempo
Agiles pisan la arena.
Animosos y anhelantes
De emprender lucha sangrienta,
Sobre el feroz tigre al punto
Se lanzan como una flecha.
Con sus garras furibundas
Este en ellos hace presa.
Ruge el león al instante,
Se alza y el silencio reina;
Y en derredor del palenque,
De la matanza sedientas,
Unas a otras se acosan

Amontonadas las fieras.
Cae del balcón entonces
Un guante de mano bella,
En términos que entre el tigre
Y el león está la prenda.
Y al caballero Delorges
Con irónica manera
Se dirige Cunegunda,
Gentilísima doncella:
"Caballero, si es tan grande
El amor que el alma vuestra,
Como juráis cada hora,
A mi corazón profesa,
Levantadme, pues, el guante."
Y él, en rápida carrera
Al circo horrendo desciende
Con pie firme y faz serena,
Y de los monstruos en medio
Levanta el guante su diestra.
Le ven los nobles y damas
Con espanto y con sorpresa,
Y mesurado y tranquilo
El guante a la hermosa entrega.
Entonces de boca en boca
Mil alabanzas resuenan,
Y con mirada de amores
Que dicha cercana encierra,

Recíbele Cunegunda,
Gentilísima doncella.
Mas él se inclina y le dice *
Con profunda reverencia:
"Vuestras gracias no las quiero";
Y para siempre la deja.

---

* Nota de José Sebastián Segura: Schiller, en lugar de este verso: "*Und der Ritter sich tief verbeugend spricht*", puso esta variante: "Und er wirft ihr den Handschuh ins Gesicht", que traducida al pie de la letra dice: "El guante le tira al rostro." He preferido lo primero, porque una dama siempre es digna de consideración.

FANTASIA FUNEBRE *

Con yertos resplandores va la luna
Por los callados bosques de la muerte,
Y suspirando por los aires gira
El terrífico espíritu nocturno.
Las nubes horrorizan entre nieblas,
Pálidas las estrellas se entristecen
Como en la tumba lámparas remisas.
A escuálidos fantasmas semejante,
En negra pompa funeral avanza
Y muda y hueca y disecada turba
De cadáveres mil al campamento,
Bajo del velo pavoroso y triste
De la tremenda noche del sepulcro.

---

* Traducción directa del alemán por José Sebastián Segura ("A mi querido amigo el señor don José María Roa Bárcena"), "El Renacimiento", 1869.

Trémulo y en el báculo apoyado
¿Quién con sombría y cóncava mirada
Y lanzando gemido lastimero,
Atormentado de la dura suerte,
Vacila en pos del ataúd que llevan
Del silencio en las sombras? ¿Dijo "padre"
De los labios del joven el gemido?
Húmedo y frío horror convulso torna
Su esqueleto fundido de aflicciones
Y erízanse las canas en su frente.

¡Sus heridas de fuego se desgarran!
¡Infernales dolores su alma oprimen!
"Padre" del joven pronunció la boca,
"Hijo" articula el corazón del padre.
Helado, helado él yace en el sudario,
¡Tu ensueño dorado antes, ay, tan dulce!
¡Por tu mal, padre mío, dulce y de oro,
Helado, helado en el sudario él yace,
Tu alegría y tu Edén lleno de encantos!
Blando, como aire en torno del Elíseo,
Cual si dejase de la aurora el seno,
Gentil, ceñido con olor de rosas,
De Flora el hijo entre los huertos salta,
Por los risueños prados revolando
Y retratado por las ondas puras.
Las llamas del deleite de sus besos

Brotaban envolviendo a las doncellas
En amoroso fuego penetrante.
Intrépido corría entre los hombres
Como en los montes juvenil venado;
Volaba por el cielo en sus caprichos
Como águila en las cimas nebulosas;
Soberbio como indómito caballo
Que arroja blanca espuma y que sacude
Con ímpetu la crin a un lado y otro
Al freno resistiendo prepotente,
Ante esclavos y reyes se presenta.

Como de hermosa primavera un día,
Sereno del vivir pasó las horas
Que huyeron con la estrella de la tarde.
De la vida en el oro ahogó sus quejas,
Divirtiendo el dolor en ágil danza.
En el joven gentil mundos dormían,
¡Ah! ¡si a su tiempo fuera hombre maduro!
¡Gózate, padre, en el gentil mancebo,
Si los dormidos gérmenes maduran!
No tal, padre. ¡Escuchad! La puerta cruje
Del cementerio con fragor y se abre
Los metálicos goznes rechinando.
¡De la tumba la bóveda horroriza!
¡No tal, deja a las lágrimas su curso!
Anda, joven hermoso, anda la senda

Del sol logrando perfecciones altas;
La noble sed apaga del encanto
Libre de penas en la paz del gozo!

Volver a ver — ¡celeste pensamiento!
¡Ver de nuevo en las puertas de la gloria!
¡Escucha! El ataúd sordo se mece,
¡Gimiendo cruje el cable funerario!
Cuando tú y yo rodábamos beodos,
Nuestro labio calló y el ojo hablaba.
¡Parad! ¡parad! Si ardíamos en ira
Por malignos, las lágrimas empero
Brotaban más calientes de nosotros.

Con yertos resplandores va la luna
Por los callados bosques de la muerte,
Y suspirando gira por los aires
El terrífico espíritu nocturno.
Entre nieblas las nubes horrorizan,
Pálidas las estrellas se entristecen
Cual lámparas remisas en la tumba,
Y con sordo rumor la tierra cubre
El ataúd, y el túmulo formando.
¡Por los ricos tesoros de este mundo
Una mirada permitidnos sola!
Del sepulcro el cerrojo resonante

Se cierra con horror eternamente;
Con más sordo rumor cubre la tierra
El ataúd, y el túmulo se forma.
Nunca jamás la tumba restituye.

LA JOVEN FORASTERA *

En el valle a unos pastores
Luego que la alondra trina
Joven de beldad divina
Se aparece cada abril.

De dónde viene se ignora,
Pues no ha nacido en el valle
Ni al ausentarse hay quien halle
Su leve huella gentil.

A su aspecto soberano
Se alegran los corazones,
Y sus nobles perfecciones
Inspiran veneración.

---

* Traducción directa del alemán por José Sebastián Segura, "El Renacimiento", 1869.

Trae flores consigo y frutos
Madurados de otro suelo,
En otro sol y otro cielo,
En más dichosa región.

Y bondadosa reparte
Fruta y flores con sus manos,
Y los jóvenes y ancianos
Llevan el don a su hogar.

Risueña a todos recibe,
Mas si ve pareja amante,
Lo mejor le da al instante:
La flor más linda y sin par.

EL CABALLERO DE TOGGENBURGO *

"Caballero, amor de hermana
Este corazón os brinda;
No habrá otro amor que le rinda
Ni que le haga padecer.
Tranquila estoy cuando os miro,
Tranquila si estáis ausente;
Vuestro oculto llanto ardiente
Yo no puedo comprender."

Con mudo dolor la escucha
Y su alma se hace pedazos,
La estrecha en fuertes abrazos
Y se aparta en su corcel.
Y en Suiza frente a los suyos

---

* Traducción directa del alemán por José Sebastián Segura, "El Renacimiento", 1869.

Su noble intento revela,
Y al Santo Sepulcro vuela,
La cruz en el pecho fiel.

Allí el brazo de los héroes
Se cubre de gloria suma,
Y de sus cascos la pluma
Tiñen en sangre de Agar.
Y de Toggenburgo el nombre
Es del musulmán espanto;
Mas de su pecho el quebranto
Ni un punto logra calmar.

De sufrirle cuenta un año,
Sus fuerzas agota el tedio,
Y no encontrando remedio
Deja el campo del honor.
Y en Jope una nave mira
Que las velas ha tendido,
Y boga hacia el dulce nido
Donde respira su amor.

Y del castillo a la puerta
Llama latiéndole el seno;
¡Ay! la abren y cual de trueno
Escucha esta dura voz:
"La que buscáis ciñe el velo;

Del claustro es virgen modesta,
De su boda ayer la fiesta
Fué con el Hijo de Dios."

Y abandona para siempre
De sus padres el castillo,
Y a ver no vuelve el caudillo
Sus armas y trotón fiel.
Y sale de Toggenburgo
De incógnito, mustio y triste,
Y de áspero paño viste
Tan noble, apuesto doncel.

Y construye una cabaña
Junto a los sitios tranquilos
Por donde entre verdes tilos
Puede el convento mirar.
Y desde que apunta el día
Hasta que la noche viene,
Muda esperanza mantiene
Sentado solo en su hogar.

Y mira hacia el monasterio
Sin parar hora tras hora,
Hasta que del bien que adora
La ventana oye crujir.
Y el lindo rostro contempla

De la hermosura divina
Que al hondo valle se inclina,
Angel de dulce existir.

Y después en duro lecho
Consolado se dormía,
Pensando en el nuevo día
Que ya se tarda en venir.
Y así pasa en el retiro
Largos años sin cansarse,
Aguardando sin quejarse
De la ventana el crujir.

Y el lindo rostro contempla
De la hermosura divina
Que al hondo valle se inclina
Como el ángel de la paz.
Reclinado allí, cadáver
Se le encuentra una mañana,
Y vuelta hacia la ventana
La muda y pálida faz.

CANCION DE LA CAMPANA *

DEDICATORIA

Al Sr. D. Salvador de la Fuente, apreciable poeta español.

Envuelto en las tinieblas del abismo
Estaba de la tierra el elemento;
Mas truena Dios y en el instante mismo
En viva luz se inunda el firmamento.

En un punto congréganse los mares
Y aparecen los valles y los montes,
Y el sol, la luna, estrellas a millares
Iluminan desiertos horizontes.

---

* Traducción directa del alemán por José Sebastián Segura, "El Renacimiento", 1869.

Y los árboles brotan y las hierbas,
Y lindas flores de perfumes suaves,
De animales distintos mil catervas,
Ligeros peces y canoras aves.

Y a la voz de Jehová se alza del barro
El primer hombre cual venado esbelto;
Y cual la cierva, en ademán bizarro,
Eva, la Madre del amor resuelto.

Y entre lirios, al pie de alto manzano,
Al soberbio Luzbel escucha atenta;
Y en muerte y lloros el linaje humano
Trocó su dicha, y en maldad y afrenta.

.....

La luz del corazón es el sonido:
Tú, que bebes de Dios el sacro fuego,
Canta las glorias del Edén perdido
Y vence a Milton que cual tú fué ciego.

Y resuenen tus dulces armonías
Del mundo de Colón en las regiones:
Guarda la fe cual la guardó Tobías
Y espera del Señor las bendiciones.

La luz del corazón es el sonido;
De Schiller la magnífica campana

Haré que vibre plácida en tu oído,
Sonora cual la lengua castellana.

Del cantor alemán la excelsa gloria
Mérito preste a la mezquina ofrenda
Que hoy, Salvador, consagra a tu memoria
Mi humilde musa, de amistad en prenda.

J. S. S.

CANCION DE LA CAMPANA

Vivos voco. Mortuos plango. Fulgura frango.

De barro cocido al fuego
Fijo en tierra el molde está:
¡Hoy la campana se hará!
¡Al trabajo, amigos, luego!
Sudor caliente
Brote la frente:
Honra al maestro predice
La obra, si Dios la bendice.

Serias palabras consagrar conviene
A la obra digna que emprender se anhela;

Si con pláticas buenas se entretiene,
Alegre entonces el trabajo vuela.
Ahora contemplemos con cuidado
Lo que una fuerza débil origina;
Miremos con desprecio al desdichado
Que nunca sus labores examina.
Al hombre se le dió la inteligencia
Como rico presente soberano,
Para que estudie en su alma con vehemencia
Lo que produce con su propia mano.

Escoged de seco pino
Trozos de leña bastante,
Y la flama resonante
Hiera el hogar de contino.
Del fuego al baño
Cobre y estaño
Ligados forman un todo
Que corre del mejor modo.

Lo que en el cerco del profundo foso
Con auxilio del fuego se fabrique,
De la alta torre en campanil vistoso
Nuestra memoria resonando indique.

Triunfando de los tiempos más remotos
Penetrará de muchos los oídos,

Y al coro se unirá de los devotos,
Y con el triste lanzará gemidos.
Lo que en el mundo a la familia humana
El mudable y fatal destino envía,
Lo anuncie la metálica campana
Con piadosos clamores noche y día.

Blancas ampollas revientan;
¡Bien! se funden los metales.
De cenizas echad sales,
Que ellas la fluidez aumentan,
Y la mixtura
De escoria pura
Quede, y el bronce brillante
Limpio se oiga y resonante.

Con pregones de fiesta al gozo unida
Saluda al niño cándido, risueño,
En el primer camino de la vida
Que empieza en brazos de tranquilo sueño.
En la urna del tiempo están inertes
Para él las negras y las blancas suertes.
Del maternal amor tiernas caricias
Velan de su alba de oro las primicias.

Los años van cual flecha voladora.
Mozo imberbe se aparta audaz ahora

De la muchacha que era sus delicias;
Se lanza de la vida al torbellino,
Mide con el bordón del peregrino
La tierra, y cruza los ignotos mares.
Torna extranjero a los paternos lares,
Y en la flor juvenil, casta y sencilla
Como hechura de la alta Omnipotencia,
La modestia y pudor en la mejilla,
Ve a la virgen gallarda en su presencia.
Incógnita pasión penetra luego
El corazón del joven, solo vaga,
Sus ojos brotan lágrimas de fuego,
El bullicio cual antes no le halaga;
Tímido sigue los senderos de ella,
Y su saludo le hace venturoso;
Para adornar a su gentil doncella
Escoge en la floresta lo precioso.
¡Oh del primer amor ensueños de oro!
¡Oh tierna languidez, rica esperanza!
Se abren las puertas del celeste coro
Y el corazón rebosa bienandanza.
¡Oh, si por siempre viésemos florida
Del amor juvenil la dulce vida!

¡Cada tubo se ennegrece!
Con la vara toco adentro;

Si vidrio al sacarla encuentro,
Perfecta fluidez ofrece.
¡Eh!, gente amiga,
Probad la liga!
Si a duros blandos metales
Se juntan, buenas señales.

Si lo áspero a lo dulce se combina,
Y lo fuerte a lo suave, se origina
Gratísimo sonido de esta unión.
¡Quien por siempre se ligue, bien ahonde
Si el corazón al corazón responde!
La pena es larga, breve la ilusión.

De la esposa en rizos de oro
La corona virginal
Brilla y realza el decoro:
Del templo el bronce sonoro
Convida al festín nupcial.

¡Ay!, la fiesta más preciosa
De la vida en raudo vuelo
Pasa, y la edad venturosa.
Como el cinto, como el velo
Se rasga la dicha hermosa.

La audaz pasión huye.
El casto amor crece,

La flor se destruye,
El fruto aparece.

El hombre doquiera
Su afán multiplica,
Trabaja, trafica,
Y planta y mejora,
Se ingenia, atesora,
Apuesta, aventura,
La dicha asegura.
Entonces acuden los bienes sin tasa,
Se llenan los trojes de ricos haberes,
Se extiende el terreno, se agranda la casa.
Por dentro la rige
La esposa modesta,
La madre fecunda;
Y manda prudente
A toda su gente.
Y enseña a las niñas,
Y al hijo reprime,
Y mueve afanosa
La mano industriosa,
Y gira y aumenta
Con orden su renta.
Y llena de alhajas el cofre oloroso,
Y el hilo retuerce con huso ruidoso,
Y acopia en armarios que el gusto previno

La espléndida lana, el cándido lino,
Y a tanto tesoro más brillo dar osa,
Y nunca reposa.

El padre con mirada placentera,
Desde el techo que el ámbito domina,
Sus riquezas floridas enumera.

Ve los árboles altos de puntales,
Y en hartura las granjas siempre iguales,
Vencidos con los frutos sus graneros,
Y ondas el trigo hacer en los tableros,
Y así se jacta en orgulloso acento:
"Firme, cual de la tierra el fundamento,
Contra el furor de la desgracia miro
El fausto y pompa que en mi casa admiro!"
Empero con la suerte y su pujanza
No hay que hacer pacto ni eternal alianza,
Y en pies volando el infortunio llega.

¡Bien!, vamos a vaciar luego;
Propio es el nuevo metal:
Antes que salga el raudal
Levantad piadoso ruego.
¡Sangrad! ¡Que corra!
¡Dios nos socorra!
Humeando el arco del asa
Va en onda hirviente la masa.

Es el fuego benéfica potencia,
Cuando el hombre le doma con prudencia;
Y lo que forma y producir se atreve,
Todo a esa fuerza celestial lo debe;
Mas esa fuerza celestial se llena
De furor si quebranta la cadena,
Y su propio sendero luego alcanza,
El hijo libre de natura avanza.
¡Ay! que en rápidos momentos
Por pobladas calles vaga,
Y con ímpetu violento
Horrible incendio propaga!
¡Qué han de odiar los elementos
Las obras que el hombre haga!
Y la nube
Bienes trae,
La agua cae,
Y se lanza de repente
Rayo ardiente.
¿Hay clamor en la alta torre?
¡Alarma corre!
En sangre roja
Se tiñe el cielo;
No es la luz que el sol arroja.
¡Con el recelo
Crece el tumulto
En plaza y calles!

El humo ondea,
¡El fuego asciende y flamea!
Por tendidas calles crece,
Con los vientos se enfurece;
Quemando cual boca de horno
Arden los aires en torno,
Marcos, puertas, vigas crujen,
Postes caen, techos se atierran,
Niños gimen, madres yerran,
Entre ruinas bestias rugen,
Gritan, corren, huyen todos,
De salvarse buscan modos;
Es la noche claro día,
Y por las largas cadenas
De las manos a porfía
Sube el cubo; en anchas venas,
Formando arcos eminentes,
Brota el agua de mil fuentes.
La tempestad vuela, brama,
Busca la sonante llama,
Viva lumbre desparrama
De la troje en seco trigo,
Cercas, puntales quemando,
Cual si quisiera soplando
Arrancar, llevar consigo
De la tierra el grave peso:
Crece, ¡a los cielos se lanza

Cual gigante!
Sin esperanza
Cede el hombre en un instante
Al rigor de la fortuna,
Y con las manos cruzadas
Considera una por una
Sus obras aniquiladas.

Solitario está el paraje,
Mansión de huracán salvaje;
En los huecos de las puertas
Y de ventanas desiertas
El horror tiene su centro;
La nube del cielo pasa
Y ve la casa
De lo alto adentro.
Una mirada
Al triste escombro
De su morada
Echa aún lleno de asombro.
El báculo de viaje empuña ufano;
En medio del furor del fuego insano
Que el fruto le robó de su vigilia,
Un consuelo la vida le sustenta:
Alma por alma de los suyos cuenta
¡Y ve que nadie falta en su familia!

En la tierra está la fusión;
Por dicha en el molde sobra.
¿Premio feliz será la obra
Del arte y la aplicación?
¿Si el mixto falla?
¿Si el molde estalla?
¡Ay! tal vez mientras confiamos
Ya una desgracia encontramos!

Al seno oscuro de la santa tierra
La labor de las manos se confía;
En él simiente el campesino encierra,
Y espera que germine cuando envía
El cielo bendición. Aún más preciosa
Semilla sepultamos tristemente
De la tierra en el seno, y de la fosa
Esperamos que se alce floreciente
A suerte más hermosa.

La campana
Del santuario
Suelta el doble
Funerario.
Con clamores de luto a un peregrino
Grave acompaña a su último camino.

¡Ay! es la querida esposa,
Es la fiel y dulce madre,

Joven linda de amor puro
Que el Rey de las sombras duro
De los brazos del esposo
Robó, y del cerco amoroso
De los hijos que a sus pechos
Criaba en abrazos estrechos.
¡Ay! de la casa los lazos
Tiernos, se hicieron pedazos;
La que madre de ella un día
Fué, yace en la tumba fría:
En vez de esa madre amada
Imperará con rigor
En la huérfana morada
Una extraña sin amor.

Mientras el bronce se enfría
Dejad el trabajo grave;
Libres estáis como el ave
Que juega en la rama umbría.
Si al sol cadente
Libre la gente
La oración dar oye ufana,
Siempre el maestro se afana.

Alegre por el sendero
De áspera selva lejana
Va al patrio nido el viajero.

Balando el rebaño vuelve,
Los ganados
De ancha frente y piel lustrosa
Van mugiendo
Su antiguo establo cubriendo.
Lento el carro
Bambolea
Con el trigo
Que acarrea;
Mil colores
Eslabona
Sobre espigas
La corona;
Y turba de segadores
Vuela al baile.
Plaza y calles están mudas.
De la amiga luz en torno
Se reúnen los vecinos,
Y la puerta de la villa
Cruje y se cierra de golpe.
Negro manto
Cubre el suelo;
Mas al bueno nunca espanto
Da la noche
Que del malo el sueño turba;
Pues doquier y con cautela
De la ley el ojo vela.

¡Orden santo, hijo del cielo!
Tú el hombre al hombre en el suelo
Libre, alegre, fácil ligas;
Ciudades alzas y abrigas.
Del campo a darte homenaje
Vino a tu voz el salvaje,
Y al entrar en tu recinto
Depuso el feroz instinto:
¡Tú del patrio amor fogoso
Tejiste el lazo precioso!
Manos mil hay industriosas
Que auxilio grato se prestan,
Y que ágiles y afanosas
Su habilidad manifiestan.
Maestro y socio andan presto
De libertad a la sombra;
Cada cual guarda su puesto
Y el insulto no le asombra.
El trabajo ensalza al hombre;
¡Bendición al que más rinda!
Honra al rey su ilustre nombre,
Honra la industria nos brinda.

¡Paz divina!
¡Fiel alianza!
Moradoras
Sed benignas de estos muros.

Nunca jamás venga el día
En que horda vil de guerreros
Turbe del valle el reposo,
En que el cielo,
Tinto en carmín por las tardes
Blandamente,
De las ciudades y aldeas
Al salvaje incendio brille.

Destruid el edificio,
Ya cumplió con sus intentos;
Y ojos y alma estén contentos
Al ver la imagen sin vicio.
¡Con mazos duros
Romped los muros!
Que la campana renace
Cuando el molde polvo se hace.

Ahora el molde con destreza y bríos
De hacer pedazos el maestro trata;
Pero ¡ay! si hirviendo en fulgurantes ríos
Ciego y furioso al estallar tronando
Hiende y derrumba con fragor la casa,
Cual boca del abismo va arrojando
Estrago y ruinas y el contorno abrasa.
Do rudas fuerzas insensatas rigen,
Edificio ninguno se establece;

Cuando por sí los pueblos se dirigen,
El bienestar allí nunca florece.

¡Ay, las ciudades que en su culto seno
En silencio acumulan combustible,
Dejan que el pueblo quebrantado el freno
Las garras tienda en actitud horrible.
La rebelión allí del bronce duro
Las cuerdas tira, destemplado toca,
Y sólo consagrado al placer puro
Da la señal y a destrucción convoca.
¡Libertad! ¡Igualdad! doquier resuena,
Se arma en defensa el recto ciudadano,
Y feroz banda de asesinos llena
Plazas y calles con furor insano.
Entonces las mujeres como fieras,
Cual hienas a la burla atroz concitan;
Despedazan con dientes de panteras
Los pechos del contrario que aún palpitan.
Ya nada santo se respeta, y presto
Todos los lazos del pudor se rompen;
El bueno cede al criminal su puesto,
Y al pueblo el vicio y la maldad corrompen.
Despertar al león es peligroso;
Son los dientes del tigre destructores;
Empero, es monstruo aún más espantoso
El hombre que se goza en sus errores.

¡Ay de quien preste a la eternal ceguera
La antorcha de las célicas regiones!
No la alumbra, mas tórnala en hoguera
Y a cenizas reduce las naciones.

¡Mi alegría es celestial!
Ved salir cual áurea estrella
De la cáscara, a la bella,
Limpia almendra de metal.
De asa a cintura
Cual sol fulgura;
Y al escultor dan laureles
Del blasón las marcas fieles.

Venid, compañeros, venid ahora mismo,
Formaos en rueda, no falte un solo hombre;
Pues hoy la campana recibe el bautismo:
CONCORDIA que sea por siempre su nombre.
Con brazos amantes y vínculo tierno
Reúna los hijos del suelo paterno.

Cumpla desde hoy ese feliz destino
Que al fundirla el maestro le previno
Sobre la baja vida de este suelo;
Allá do el trueno deja ardientes rastros,
Penda vibrando en el azul del cielo
Y linde con el mundo de los astros.

Y produzca dulcísima armonía
Como el luciente ejército de estrellas
Que al Hacedor alaba noche y día
Y al año rige con sus luces bellas.
A lo grave y augusto, eterno o leve,
Voces consagre de metal sonoras,
Y el tiempo volador con ala leve
La toque y marque sin faltar las horas.
Y sirva de instrumento a la fortuna
El insensible bronce, y con medida
Oscilación señale una por una
Las perpetuas mudanzas de la vida.
¡Y cuán pronto se apaga en el oído
La voz que por el aire se divaga!
¡De la misma manera que el sonido,
Todo en el mundo terrenal se apaga!

Con cables de fuerza igual
Sacad la campana, unidos,
Y al reino de los sonidos
Suba, al aire celestial.
¡Sus! ¡tirad! ¡presto!
¡Ya está en su puesto!
Gozo al pueblo signifique
Y *Paz* su primer repique.

EL BUZO *

DEDICATORIA

A la muy apreciable señora doña Casimira Pardo de Reith.

(Soneto)

El viento manso en que el Señor camina
mostrando su dulzura y poderío,
la popa halague del feliz navío
que a la margen del Elba te avecina.

De embargo el cielo tu beldad divina
guarde y tu noble garbo y señorío;
y nunca, nunca del dolor sombrío
sienta tu corazón la aguda espina.

---

* Traducción directa del alemán por José Sebastián Segura, "El Renacimiento", 1869.

De la paz en los blancos pabellones
que cubren de tu esposo los hogares
goza alegre tus bellas ilusiones.

Y al oír de mi musa los cantares,
del Alster en las plácidas regiones
vuelve los ojos a los patrios lares.

J. S. S.

EL BUZO

"¿Qué caballero o paje se aventura
A sumergirse en el profundo abismo?
Esta áurea copa arrojo: ved, la oscura
Boca se la ha tragado al punto mismo.
Quien del hondo la saque con empeño,
Della será, si me la muestra, dueño."

Dice el rey, y la copa desde lo alto
Del peñón escabroso que pendiente
Se alza en el ancho mar de fondo falto,
Echa en Caribdis, vórtice rugiente.
"¿Quién es?", pregunta, "¿quién el atrevido
Que desciende a ese mar embravecido?"

Los nobles y escuderos que le cercan
Le oyen y la habla en sus gargantas muere;
Mudos a ver el piélago se acercan,
Y ninguno ganar la copa quiere.

Y por la vez tercera "¿No hay persona
Que se atreva al profundo?", el rey pregona.

Reina el silencio aún, cuando valiente
Un apacible paje del medroso
Círculo de escuderos sale al frente.
Tira la capa y cinturón, garboso.
Y de hombres y mujeres las miradas
En el mozo gentil están clavadas.

Por la rápida roca va adelante,
Y en lo hondo del abismo a ver alcanza
Las aguas que se sorbe y que al instante
Con bramido feroz Caribdis lanza,
Y al estallido del lejano trueno
caen espumosas del oscuro seno.

Y se enturbia y se encrespa y hierve y muge
Como el agua mezclada con el fuego,
Y ola tras ola en incesante empuje
Al cielo salta vaporosa luego,
Sin que agotarse ni rendirse quiera,
Cual si otro mar del mar se produjera.

Calma en tanto el poder de su bravura,
Y entre las blancas ondas, denegrida
Y amplia y sin fin se forma una hendidura
Cual si al infierno se encontrase unida,

Y las aguas hirvientes el camino
Raudas siguen del fiero torbellino.

Presto, antes que el mar rompa de retorno,
A los cielos el joven se encomienda,
Y un grito de terror suena en contorno;
Trágase al nadador la boca horrenda,
Ciérrase misteriosa, y acontece
Que el audaz para siempre desparece.

Se aquieta el mar y su furor sofoca;
Mas con hueco bramar en lo hondo acude,
Y óyese con temblor de boca en boca:
"¡Oh magnánimo joven, Dios te ayude!"
Y más hueco y más hueco se oye el ruido
Y el pavor crece y el tardar temido.

Y si tú arrojas la corona de oro
Y dices: "¡Quien me traiga la corona
Llévela como rey!", tanto tesoro
Vieras que mi alma en premio no ambiciona:
Lo que el abismo bramador encierra
Ignora el más dichoso de la tierra.

Bien cual barca que impele el torbellino
Se precipita en la onda de repente,
Mas rota, quilla y mástil de contino
Luchan encima de la mar potente,

Claro y más claro, como el viento zumba,
Cerca y más cerca el piélago retumba.

Y se enturbia y se encrespa y hierve y muge
Como el agua mezclada con el fuego,
Y ola tras ola en incesante empuje
Al cielo se alza vaporosa luego,
Y del lejano trueno al estallido
Caen rugientes del seno denegrido.

¡Ved! Entre olas y tiniebla ruda
Se alza y cual blanco cisne un bulto asoma;
Brazo y espalda de marfil desnuda
Muestra, y boga veloz y fuerzas toma,
Y él es, y en alto con ardiente fibra
En su izquierda la copa alegre vibra.

Y respira y respira, y cobra aliento,
Y saluda la luz que el cielo envía,
Y el concurso prorrumpe en gran contento:
"¡Vive!, ¡aquí está!, ¡no el mar le retenía!
De la tumba, del antro de agua hirviente
Salvó la vida el nadador valiente."

Y llega, en medio de festiva tropa,
A las plantas del rey; con faz risueña
De rodillas ofrécele la copa,
Y el rey a su hija hermosa hace la seña,

Quien llénala hasta el borde de brillante
Vino, y el mozo al rey dice al instante:

"¡Viva el rey! Tenga gozo indefinible
Quien respire la luz en este ambiente;
Estar bajo el abismo es cosa horrible.
A los dioses el hombre nunca tiente,
Y no quiera jamás ver lo que ocultan
Y en noche y en horror píos sepultan.

"Cual relámpago lánzome al profundo,
Y rápido entre piedras se desata
Torrente de olas contra mí iracundo;
Con furia el doble río me arrebata,
Y cual peonza, en girar vertiginoso,
Rodando voy y en vano luchar oso.

"Entonces Dios, a quien mi pecho invoca,
Muéstrame, en trance tan aciago y fuerte,
En el profundo erguida áspera roca,
La que así pronto, y salvo de la muerte!
Y en puntas de coral suspensa en lo hondo,
Vi allí la copa que iba al mar sin fondo.

"Simas de montes a mis pies había
Y roja oscuridad, y aunque mi oído
Eternamente en aquel mar dormía,
El ojo abajo ve despavorido

Salamandras, lagartos y dragones
Moverse del infierno en las regiones.

Hormiguean allí en espantosas
Y negras masas de tamaño enorme,
Calamares y rayas espinosas
Y el cangrejo terrífico y deforme,
Y con feroces dientes me amenaza
Del mar la hiena, el tiburón que caza.

"Y suspendido con horror y miedo,
Lejos allí de bienhechora mano,
El único entre larvas solo quedo
Y en tan triste desierto sufro en vano,
Y ceñido de monstruos y distante
De la voz de los hombres resonante.

"Trémulo en mí pensaba. Un monstruo en tanto
Cien brazos mueve a un tiempo y se encarama
A tragarme. Penétrame el espanto
Y suelto del coral la asida rama.
Furioso el torbellino entonces iba
Y por mi bien me coge y lanza arriba."

Admirado el monarca le decía:
"¡Tuya es la copa, y lo será este anillo
Que esmalta piedra de sin par valía,

Si la empresa otra vez con tanto brillo
De bajar al profundo acometieres
Y noticia me das de lo que vieres."

Su hija le oye y se entristece luego,
Y "Basta, padre, basta, no promuevas",
Dice amorosa, "tan horrible juego.
De su arrojo cual nadie te dió pruebas;
Si al fin insistes en que al mar se baje,
Vencer bien puede un caballero al paje."

Entonces el monarca con presteza
La copa arroja al torbellino fiero:
"Si aquí la copa traes, en nobleza
Tú serás el más grande caballero,
Y hoy mismo abrazarás como a tu esposa
A la que habla por ti tierna y piadosa."

Y poder celestial su pecho anima,
Y en su faz del valor brillan los rayos,
Y el pudor blando a su beldad sublima,
Y pálida la mira y con desmayos:
Esto a ganar el premio más le excita,
Y a triunfar o morir se precipita.

Ya se oye resurgir la marejada,
Lo anuncia el trueno de las aguas hondas;

Fíjase en ellas ávida mirada,
Y vienen, vienen las revueltas ondas,
Y chocan y rebraman de alto abajo,
Y al apuesto doncel ninguna trajo.

LA REPARTICION DE LA TIERRA *

Después que el brazo del Señor, bendito,
Lanzó el mundo en el mar del infinito,
Después que en él su senda le trazó
Como traza el piloto a su navío
Su camino al través del mar bravío,
"¡Que el hombre sea!", su poder mandó.

La tierra entonces sacudió su falda,
Y al través de sus campos de esmeralda
El Señor hacia sí miró venir
Del ecuador y el polo solitario,
Cual obreros que piden su salario,
Los átomos que vienen a morir.

Venid, les dijo, el mundo os pertenece,
Cuanto del globo en la extensión parece
Cual padre amante yo os lo quiero dar.

* Traducción de F. Cosmes, "El Federalista", 1872.

Es la herencia común de los humanos;
Venid y dividíos como hermanos
La fértil tierra y el salobre mar.

Entonces cada cual, del vasto suelo
Su parte reclamó, según su anhelo:
El noble tomó el viejo torreón,
El labrador su campo junto al río,
El mercader camino a su albedrío,
El nauta el mar do ruge el aquilón.

El papa tiara de poder emblema,
El soberano la imperial diadema,
Y el verde cesped el feliz pastor.
Y cuando nada más que dar tenía,
El Señor hacia sí vió que venía
Un hombre de semblante pensador.

Flotaba un sueño en su nublada frente,
Silencioso marchaba lentamente
Parándose a coger alguna flor,
Y atravesando por la turba inquieta,
Sonriendo murmuró: Soy el poeta.
¿Nada guardaste para mí, Señor?

Tarde, le dijo Dios, tarde has llegado;
A cuanto ves aquí señor he dado,
Celoso el hombre de sus cosas es,

Mas tú, cerebro en el pensar fecundo,
Mientras yo hacía la partición del mundo,
¿En dónde te encontrabas? A tus pies.

Mi vista, oh Dios, tu magnitud veía,
Mi oído el himno celestial oía.
Perdóname si yo, desdeñador,
Al ver la inmensidad que tu obra encierra,
Dejé perderse mi porción de tierra
Mientras sólo adoraba a su creador.

Mira, le dijo el Hacedor sublime,
La costa, el monte, el valle, el mar que gime,
Nada me queda ya, todo lo di.
En cambio, en todo tiempo, a toda hora,
Lugar tendrás donde mi gloria mora:
Mi cielo he reservado para ti.

LA ESPERANZA *

Con días que han de venir tal vez mejores
Mucho sueña feliz el mundo entero,
Y a un objeto dorado y placentero
Le vemos siempre ansioso caminar.
El mundo nace para algunos seres
Cuando tal vez para los otros muera,
Mas siempre el hombre con el alma espera
Que su vida se habrá de mejorar.

La esperanza le lleva cuando niño
Por las partes doradas de la vida,
Y cuando joven, en su pecho anida
Como el brillo de un rayo celestial;
Si el anciano con paso torpe y débil
Hacia la tumba fatigado avanza,

---

* Traducción directa del alemán por FEDERICO C. JENS, "El Federalista", 1877.

El árbol todavía de su esperanza
Planta al borde del lecho funeral.

No es engaño trivial y lisonjero
En la mente de locos concebido,
Pues se anuncia con célico sonido
Vertiendo en nuestro pecho su expresión.
Para gozo mejor el mundo hollamos;
Esperamos con fe, con mucha calma,
Que esa voz elocuente de nuestra alma
Nunca engaña al humano corazón.

EL CAZADOR *

¿Por qué no guardas, hijo,
Las tímidas ovejas?
Humildes son y mansas,
Pacen floridas hierbas,
Y a orillas del arroyo
Retozan o sestean.
—Cazador, madre mía,
Cazador quiero ser en la alta sierra.

¿Por qué los rojos bueyes
Tranquilo no apacientas
Y con ruidoso cuerno
Los guías por las selvas?
¿No escuchas cuán alegres
Los esquilones suenan?

---

* Sin nombre de traductor, "El Cronista de México", 1881.

—Cazador, madre mía,
Cazador quiero ser en la alta sierra.

¿Por qué, dí, no cultivas
Las flores que hermosean
Con su matiz brillante
Los valles y riberas?
¿Piensas hallar jardines
En las monteses breñas?
—Déjame, madre mía,
Déjame hollar la cumbre de la sierra.

Y el temerario mozo,
Por escarpadas sendas,
A las riscosas simas
De las montañas trepa;
Y apenas a la cumbre
Con planta osada llega,
Como veloz relámpago
Medrosa corre voladora cierva.

En fuga irreflexiva
Salta de peña en peña,
Verdes jarales rompe,
Torrentes atraviesa,
Y sobre horribles simas
No corre, sino vuela;
Pero la sigue siempre
El cazador de las mortales flechas.

A una cortada roca
Que se levanta negra
Sobre profundo abismo
Do los torrentes ruedan,
Llegó y cerrado el paso
Para la fuga encuentra.
¡Delante el precipicio!
¡Detrás el montañés que audaz la acecha!

Con ojos lacrimosos
Al cazador contempla
Y compasión implora,
Mas él el arco apresta.
Ya el seco nervio cruje,
Ya va a volar la flecha,
Mas de las duras rocas
Surge veloz el genio de la sierra.

Tiende a la res medrosa
La omnipotente diestra,
Y al asombrado mozo
Dice con voz severa:

"Para todos los seres
Espacio hay en la tierra;
Respeta mi rebaño:
¡Ay del que audaz a herirla se atreviera!"

HERO Y LEANDRO *

¿Veis esos muros que ennegrece el tiempo
Y baña luminoso el sol dorado?
¿Oís las olas que a sus pies quebranta
Contra robustos diques de peñascos
El Helesponto, y espumosas rugen
Inmóviles escollos azotando?
Asia de Europa separar pudieron;
Al intrépido amor no lo asustaron.
El traspasó con voladora flecha
Los corazones de Hero y de Leandro:
Cual Hebe juvenil es ella hermosa,
El en los montes cazador bizarro;
Mas contra viejos odios de sus padres
Se estrella su pasión, que es como el árbol

---

* Sin nombre de traductor, "El Cronista de México", 1881. (Leyendas de Oro.)

Cuando pendiente al borde de honda sima
Sazona el fruto en los colgantes ramos.

En la torre de Sestos, que el mar bate,
Está desde la aurora hasta el ocaso
La enamorada niña, triste y sola,
Las opuestas riberas contemplando.
De Avidos son la costa, y allí mora
El bello cazador; puente ni vado
No existe, ni bajel que la mar cruce;
Mas no importa: el amor se abrirá paso.

El mostró en el cretense laberinto
La senda al vencedor del Minotauro;
Da valor a la tímida paloma
Y unce las fieras al triunfante carro.
Ni las lóbregas sombras le amedrentan
De la Estigia, y al reino del espanto
Guía, porque a Plutón audaz arranque
La bella Proserpina, al cantor tracio.
Con la esperanza de suprema dicha
Tienta él también al mozo temerario;
Y cuando el claro resplandor del día
Desmaya, precipítalo en el ancho
Piélago, cuyas olas borrascosas
Corta incesante con robusto brazo,
Bogando hacia la playa do le llama
En la alta torre luminoso faro.

Recobra en brazos de la fiel amante
Sabroso abrigo y bienhechor descanso,
Y el dulce premio logra que amor brinda
A quien tierno y audaz sabe alcanzarlo.
De su sueño feliz, la tarda aurora
Rompe por fin el bienhechor encanto,
Y desde el tibio seno de su amada
Vuelve el mozo al del mar frío regazo.

Así rápidas huyen treinta noches,
Y treinta noches en secreto abrazo
Los dos furtivos amadores roban
Las que los mismos dioses soberanos
Envidian al mortal nupciales dichas.
¡Oh! No apuró el placer quien a los antros
Del tenebroso averno, los del cielo
A escondidas no hurtó, frutos vedados.

El Héspero a la Aurora, y a la Aurora
Sigue de nuevo el Héspero, y en vano
Los árboles deshojan sus guirnaldas
Y el cierzo es nuncio del invierno helado.
Ebrios de amor la bella y el mancebo
Menguar las horas ven del día claro,
Y agradecen a Dios las largas noches
Que dobles dichas brindarán a entrambos.

Ya por igual en los tendidos cielos
Se unen el Sol y los nocturnos astros,

Y en la torre la niña apasionada
Llegar al oriente ve los albos
Corceles que conduce el rubio Febo.
Y como puro espejo abrillantado
Yacen las aguas, y ninguna brisa
Riza fugaz el cristalino campo.

De ligeros delfines hiende inquieto
Las claras ondas juguetón rebaño,
Y en negra fila surgen de los hondos
Abismos de la mar monstruos extraños
Que el coche escoltan de la blonda Tetis.
De los amantes el secreto arcano
Sólo ellos saben, más la sabia Hécate
Para siempre sus bocas ha sellado.

Y Hero se dice con gozoso acento
El piélago tranquilo contemplando:
"¡Cuál te calumnian, poderoso numen,
los que te acusan de traidor y falso!
Falsa y traidora es, sí, la humana raza,
Y el pecho de los padres duro mármol;
Mas tú eres noble y bienhechor y bueno,
Y al amoroso afán sensible y blando.

"Sin luz, sin alegría y sin amores,
Encerrada vivía en estos altos
Muros de roca en soledad horrible;

Mas sin nave ni puente tú a mis brazos
Trajiste un día a mi constante amigo.
¡Qué importa que tus iras den espanto
Al marino infeliz, si te subyugan
El fiel cariño y el valor osado!

"Hirió también tu corazón un día
El dios crüel de los traidores dardos:
Tus aguas Hele, bella cual la aurora,
Medrosa hendía con su audaz hermano
Que el dorado vellón robara a Colcos.
De su beldad te fascinó el encanto,
Agitaste tus olas, y al oscuro
Centro de tu mansión la arrebataron.

"Amada esposa de potente numen,
En grutas de cristal y de alabastro
Inmortal vive, y la perdida nave
Al puerto guía. ¡Oh tú que los contrarios
Vientos detienes y te apiadas siempre
Del perseguido amor, abre a Leandro
Hoy fácil senda en tus serenas olas,
Benéfica deidad del oceano!"

Dice, y ve negrecer las pardas aguas;
Y de emoción temblándole la mano,
La luz enciende que al sabroso puerto
Ha de guïar al cazador gallardo.

Mas ¿cuál sordo rumor allá en el fondo
Del apacible mar suena lejano?
¿Por qué su luz eclipsan las estrellas?
¿Está la tempestad amenazando?

Huye la luz y cae la inmensa lluvia
En sonoro turbión; veloces lampos
Rasgan las nubes cárdenas; furiosos
El frío noto, el aquilón y el austro,
Rota su cárcel de humeantes peñas,
Se arrojan sobre el mar, que como el ancho
Gaznate del averno, abre las aguas
Mostrando negro el fondo inexplorado.

"¡Piedad!, exclama la afligida virgen,
Piedad de mi dolor, númenes santos!
¿Qué osé, loca, pediros? Si crüeles
Escuchasteis mis votos insensatos;
Si a mi amador lanzasteis a las olas...
Ya huyen, ¡pobre de mí!, con velo raudo
Las marítimas aves, y el piloto
Busca en la rada protector amparo.

"Lo adivino, lo siento: otra vez osa
Lo que osó tantas veces temerario;
Y Dios le guía, y cumple la promesa
Que hízome anoche. *Volveré a tu lado,*
Dijo: *lo juro por mi amor, y sólo*

Me detendrá la muerte. Y lucha acaso
En este instante con el mar que hambriento
Sus abismos abrió para tragarlo.

Traidor ardid, engañadora sirte
Era tu calma pérfida. El aciago
Brillo de tu cristal tentó a mi amante
Y entregóse a merced de tus engaños.
Fáciles hiende las serenas linfas
Ajeno al riesgo que le aguarda, y cuando
Es imposible el salvador regreso
Vibra la tempestad todos sus rayos."

Dice así la infeliz, y las oleadas
Crecen, cual negros montes, que en los pardos
Muros de roca estréllanse rugiendo.
No valen al bajel los duros flancos
De añoso roble: el huracán lo arrastra.
Y el mismo soplo apaga el dulce faro
De la torre amorosa. ¡Espanto y riesgo
En la playa! ¡En la mar riesgo y espanto!

Hero invoca a la dulce Citerea.
A mitigar conjúrale el insano
Furor del Orco, y a los rudos vientos
Les ofrece piadosa en holocausto
Blanco becerro de doradas astas.
No hay diosa alguna en el abismo amargo,

No hay dios alguno en el etéreo cielo
A quien no implore trémulo su labio.

"Oye mi voz, y sal, oh Leucotea,
De ese tu verde y húmedo palacio;
Tú que al marino en las desiertas ondas
Cuando su hórrido fin mira cercano
Apareces brillante y salvadora,
Dale a mi amigo el milagroso manto
Que al moribundo náufrago liberta
Lento y tranquilo sobre el mar flotando."

Y las olas abate el rudo viento,
Y luminosos brillan los caballos
Del Sol en el oriente. Desplomadas
Yacen las olas en el lecho vasto.
El mar, la torre, el cielo, todo ríe.
¿Qué es lo que llevan en vaivenes blandos
Las juguetonas olas a la orilla?
¡Cielos! ¡Es el cadáver de Leandro!

¡El es! ¡El es! Cumplió su juramento
A pesar de la muerte. Hero, aun lejano
Lo reconoce; mas ninguna queja
Exhala, ni a sus ojos brota el llanto.
Desesperada, yerta, inmóvil, clava
Foscos los ojos en la mar; al claro

Cielo después serenos los levanta,
De interno fuego el rostro iluminado.

"Lo reconozco, númenes: son vuestros
La tierra, el cielo, el mar. Vibrad los rayos.
Podéis herir: herid. Sois poderosos:
Sed inflexibles. ¡Oh! ¡presto al ocaso
Llegó mi vida! Mas gusté la dicha,
Y me llamé feliz; mis dulces años
A tu altar consagré, divina Venus,
Y mi muerte también te la consagro."

Y de la sima de la torre al hondo
Piélago precipítase. En sus brazos
La deidad de los mares la recibe;
Tumba le dan sus aguas y sudario.
Y satisfecho de la rica presa
Sigue el Numen adusto derramando
Del fondo oscuro de su estéril urna
El raudal de las ondas nunca exhausto.

EL TRIUNFO DEL AMOR *

Amor, la dicha de los dioses eres,
Y con ellos igualas al mortal;
Del cielo doblas todos los placeres
Y haces del mundo albergue celestial.

El globo estaba desierto
(Cuentan antiguos autores),
Y los áridos guijarros
Deucalión convirtió en hombres.
Dura roca era su pecho,
Y el alma lóbrega noche
Do no brillaban del cielo
Los divinos resplandores.
Con florecientes guirnaldas
No unían en dulces goces

* Sin nombre de traductor, "El Cronista de México", 1881.

Picaruelos cupidillos
Los huraños corazones;
Ni las bienhechoras musas
Dábanles tampoco entonces
De su canto la armonía,
De su lira los acordes.
Nadie por tejer coronas
Pedíale al campo flores,
E indiferente cruzando
Valles, praderas y bosques,
Abril, al elíseo valle
Tornaba con pies véloces.
Cuando la rosada aurora
Brillaba en el horizonte,
Nadie alegre saludaba
Sus radiantes arreboles;
Y cuando el Sol tras la cumbre
Hundía su disco enorme,
Nadie respondía triste
A sus últimos adioses.
A la luz de opaca luna
Vagaban, sin ley ni norte,
Humillada a férreo yugo
La dura cerviz, los hombres,
Sin que bañados los ojos
En llantos consoladores,

Preguntasen a los astros
Los secretos de los dioses.

Mas ved: de la blanca espuma
Que riza la mar salobre,
Entre náyades esbeltas
Que le dan séquito y corte,
Brota la hija de los cielos,
La deidad de los amores.
Vuelan del cielo a la tierra,
De los mares a los montes,
Alientos primaverales,
Soplos fecundizadores.
La luz del rey de los astros
La opaca bóveda rompe
De la entretejida selva
Do las tinieblas se esconden,
Y narcisos y violetas
Nacen al pie de los robles.
Su primer trino amoroso
Entonan los ruiseñores,
Y el murmurante arroyuelo
Repite sus dulces sones.
¡Pigmalión afortunado,
El mármol tus quejas oye!
¡Amor, invencible numen,
A tus hijos reconoce!

Amor, la dicha de los dioses eres,
Y con ellos igualas al mortal;
Del cielo doblas todos los placeres
Y haces del mundo albergue celestial.

Entre nectáreos banquetes,
Entre inagotables goces,
Es como dorado sueño
La existencia de los dioses.
En la cumbre del Olimpo
Vibra el haz de rayos Jove,
Y frunciendo el entrecejo
Hace vacilar al orbe.
¿Por qué desciende del trono?
¿Por qué mora entre los hombres?
¿Por qué suspira lo mismo
Que los árcades pastores?
¿Por qué el vencedor heroico
De los gigantes deformes
Duerme, y a sus pies los rayos
Son apagados tizones?
¡Imprimió Leda en su frente
El beso de los amores!

Febo, con las riendas de oro,
Rige en luminoso coche
Del Sol los albos corceles
En celestes horizontes.

Pueblos enteros destruyen
Sus dardos abrasadores;
Mas pronto su fuerte diestra
Riendas suelta, dardos rompe,
Si el amor y los cantares
Dichas le brindan mayores.
Ante la orgullosa Juno
Rueda el coro de astros dócil,
A sus pies los pavos abren
Las plumas de mil colores,
Y la suprema diadema
Fulgura en su frente noble.
Pero hasta la diosa altiva
También con pasos traidores
Llega el amor atrevido;
Y la reina de los dioses,
Cetro y corona depuestos,
Pide con humildes voces
El ceñidor de las gracias
Para ablandar corazones.

Amor, la dicha de los dioses eres,
Y con ellos igualas al mortal;
Del cielo doblas todos los placeres
Y haces del mundo albergue celestial.

Amor, amor, tú iluminas
El imperio de la noche.

Plutón clava en Proserpina
Tiernos los ojos feroces,
Y todo el opaco Tártaro
Tu blanda ley reconoce.
¡Amor, amor, tú iluminas
El imperio de la noche!
En los oscuros infiernos,
Cuando celestes acordes
Sonaron, ¡oh cantor tracio!,
Tus armoniosos clamores,
Y el indómito Cervero
A tus ecos adurmióse,
Minos, el juez implacable,
Bañados sintió los bordes
De sus párpados, y el fallo
Dictó menos duro entonces;
Las áspides venenosas
Con cariñoso trasporte
Besaron la frente pálida
De Medusa; cesó el choque
Del látigo, y espantado
Voló, graznando discorde,
El buitre de Prometeo.
Tú cantabas, y a los sones
De tu lira, el curso eterno
Paraba el Cocito inmóvil,

¡Y es que era, Orfeo, tu canto
El cantar de los amores!

Amor, la dicha de los dioses eres,
Y con ellos igualas al mortal;
Del cielo doblas todos los placeres
Y haces del mundo albergue celestial.

Porque amor los prados huella
Brotan en los prados flores;
Porque amor los bosques cruza
Cantan nidos en los bosques.
Si en el disco de la Luna
No brillaran soñadores
Los ojos de Hécate hermosa,
Si en los rojos arreboles
Del Sol, si en el rayo lánguido,
De la estrella de la noche
No luciera el dulce encanto
Que al interno afán responde,
¿Qué valdrían para el alma
Estrellas, lunas y soles?

¡El amor, Naturaleza,
Brilla en todos tus fulgores!
"Amor", dicen en los valles
Arroyos murmuradores,

Porque amor en blandas curvas
Guía sus giros veloces;
"Amor", repiten los trinos
De alondras y ruiseñores:
¡El amor, Naturaleza,
Suena en todos tus acordes!

Austera sabiduría,
Diosa de ojos avizores,
Al amor el paso cede,
Cede el paso al dios del orbe;
Ante el cetro, ante la espada,
Jamás tu cerviz doblóse,
Pero ante el numen risueño
Caes postrada al blando golpe.

¿Quién, volando de astro en astro,
Llega hasta la altura donde
El trono de Dios se asienta
En las nubes que lo esconden?
¿Quién del helado sepulcro
La marmórea losa rompe,
Y del Elíseo nos muestra
Los lejanos resplandores?
¿Quién de inmortal esperanza
Llena nuestros corazones?
¡El amor, que a Dios levanta
El espíritu del hombre!

Amor, la dicha de los dioses eres,
Y con ellos igualas al mortal;
Del cielo doblas todos los placeres
Y haces del mundo albergue celestial.

LA IMAGEN DE SAIS *

Por la sed de saber atormentado
Llega a la egipcia Sais audaz joven,
Y en sus templos estudia los arcanos
Que guardan los celosos sacerdotes.
Los secretos senderos de la ciencia
Pronto con paso rápido recorre;
Mas su ansiedad febril le precipita
Y apenas puede de su afán indócil
Contener la impaciencia el hierofante.
"¿Qué vale", exclama con dolientes voces,
"Algo lograr, a quien lo ansía todo?
¿Divisible, quizás, como los dones
De la fortuna, es la verdad? ¿No es ella
Unica y simple? Toma un solo acorde
De una armonía, toma un matiz solo

* Sin nombre de traductor, "El Cronista de México", 1882.

Del iris brillador: ¿qué ves? ¿qué oyes?
Nada, mientras no abarca tu sentido
Todas las notas, todos los colores."

Así decía en el oscuro centro
Del templo solitario, cuando enorme,
Velada efigie que se yergue altiva
Sobre el sagrado altar, contempla inmóvil.
"¿Qué es lo que oculta el tembloroso velo?",
Dice, y el hierofante le responde:
"La verdad." "¿La verdad?", el mozo exclama:
"Buscándola he cruzado todo el orbe,
Y hoy, que la veo al fin ante mis ojos,
Lóbrego velo a mi ansiedad la esconde!"
"Rasgarlo puedes", el anciano dice,
"Si propicios te son los altos dioses.
Nadie el velo levanta, ellos han dicho,
Sin el favor del numen. —Y quien ose
Con sacrílega diestra desgarrarlo,
¿Podrá? . . . —Ver la verdad. —¡Oh tentadores
Oráculos! Tú mismo el sacro enigma
Descubriste quizás . . . —Nunca asaltóme
Tan loca aspiración. —¡No te comprendo!
¿Quién cobarde soporta que así robe
La verdad a sus ojos leve gasa? . . .
—Una ley, cuya fuerza desconoces:

Ese velo en tu diestra tan ligero,
Es para el alma aplastadora mole!"

Pensativo retorna el mozo incauto
A su mansión, y se revuelca insomne
En el lecho, do ansiosas le desvelan
Del espíritu negras sugestiones.
Ansia de vana ciencia le devora,
Y tras inútil lucha, a media noche
Levántase febril. Pálido marcha
En las tinieblas, sin saber adónde.
Al templo llega, los sagrados muros
Agil salta, y con ímpetu veloce
Penetra audaz en el fatal sagrario.
¡Qué soledad! ¡Qué calma! ¡Cómo impone
Pavor al alma el lúgubre silencio!
Medroso escucha el temerario, y oye
Sus propios pasos, que repite el eco.
Mira al cielo, y los pálidos fulgores
Ve de la luna, que entre negros muros
Penetran tristes, y a su luz la inmóvil
Efigie, envuelta en los sagrados pliegues,
Un ser parece superior al hombre.

Con paso incierto a su presencia llega,
Y ya levanta el insensato joven
El brazo criminal, cuando en sus venas
Siente que el frío de la muerte corre,

Y una mano de hierro le detiene.
"¿Qué vas a hacer, desventurado? ¿Rompes
La ley y a Dios ultrajas?", en su propio
Pecho le gritan sobrehumanas voces.
"Ningún mortal sin mi favor el velo
Levanta, dijo el cielo. Mas los dioses
¿No dijeron también que ver consigue
La verdad quien lo rasga? ¡Oh, cuán atroces
Dudas! ¿No es la verdad mi único anhelo?
Pues, a pesar del cielo y de los hombres,
Sea cual fuere, necesito verla!"
Y "¡Verla!" un eco burlador responde.

Dijo, y el velo desgarró insensato.
¿Qué vió? ¿Qué cosa vió?: los sacerdotes
Exánime le hallaron a las plantas
De la terrible efigie. Desde entonces
Se apagó la alegría de su vida;
Ignoto padecer le arrastró al borde
De la tumba fatal, y pronto en ella
Le sepultó. Con aquel hombre hundióse
Su secreto en la huesa. Si alguien quiso
Indagar sus arcanos: "¡Ay del pobre
Mortal", gritaba, "que con mano impía
El velo rasga a la verdad! Los dioses
Vengan la hollada ley y truecan justos
En duelo eterno el anhelado goce!"

A LA ORILLA DE UN ARROYO *

Del estío en los ardores
Cansado un joven yacía
Junto a un arroyo, y tejía
Una guirnalda de flores.

Por un descuido imprudente,
De su mano resbaló,
Y arrebatada la vió
Por la espumosa corriente.

"Así el tiempo desmorona
Mis días — dijo en su cuita.
Mi juventud se marchita
Como esa pobre corona.

---

* Sin nombre de traductor, "El Correo de las Señoras", 1884-85.

No preguntes el motivo
De la pena que me acosa,
Ni la causa misteriosa
De la tristeza en que vivo.

Regocijo, paz, bonanza,
Todo esto en el alma impera
Cuando con la primavera
Nos sonríe la esperanza.

Pero esas voces de amor
Que oye el hombre satisfecho,
En el fondo de mi pecho
Sólo engendran el dolor.

¿Qué importan las alegrías
De la hermosa primavera?
Una sola, una pudiera
Consolar las ansias mías.

Por un misterio que no
Penetra mi frenesí,
Ella está cerca de mí,
¡Y lejos de ella estoy yo!

Con empeño singular
Los brazos tiendo afligido
A ese fantasma querido
A quien no puedo alcanzar.

Yo la presiento, le veo,
Y su brusca aparición
Aviva en mi corazón
La ardiente sed del deseo.

¡Oh, belleza encantadora,
Baja cruzando el espacio
Y abandona tu palacio
Para acercarte al que llora!

Yo derramaré en tu seno
Las más olorosas flores
Que alegran con sus olores
El valle y el prado ameno.

Escucha: se oye el rumor
De cantos en la floresta:
Allí el arroyo nos presta
Su murmullo embriagador.

Las bellas flores derraman
Su perfume: ven y cede,
Que una cabaña bien puede
Albergar a dos que se aman."

HASTA TI *

Hermosa como un ángel del Walhalla
Naciste para amar,
Y mujer como tú en el universo
No ha existido jamás.
De tus ojos azules la mirada
Dulce era y celestial,
Como la luz del Sol cuando refleja
Sobre el azul del mar.
Nuestros besos (caricias de otro mundo
sin nombre terrenal),
Cual dos acordes mágicos de un arpa
Llegando a armonizar
Se confunden vibrando en armonías
De divina unidad,
Confundidos así se sucedían

---

* Sin nombre de traductor, "La Epoca Ilustrada", 1884.

En rápido compás,
Fundiendo nuestras dos almas en una,
En una nada más.
Nuestras mejillas pálidas ardían,
Sentíamos temblar
Nuestros labios, y nuestros corazones,
En amoroso afán,
Uno dentro del otro palpitaban
Con pulsación igual.
Y la tierra y el cielo entre nosotros
Veíamos flotar,
Meciéndonos en el vaivén dichoso
Del placer inmortal.
Hoy, tú no existes ya, e inútilmente
Suspiro sin cesar.
En vano yo te llamo y yo te sueño:
Hoy tú no existes ya.
Hoy está el mundo para mí vacío,
Y hasta tu altura van
Vibrando los deseos de mi vida
En un perdido ¡ay!

LA REPARTICION DE LA TIERRA *

"Tomad el mundo", Júpiter clemente
Desde su altura a los mortales dijo.
"Tomadlo; yo os lo doy en feudo eterno,
Mas cual buenos hermanos repartidlo."

Quien poseyó después se hizo un derecho
De los demás derechos exclusivo;
El caballero prefirió la caza,
El labrador del campo los esquilmos.

El mercader llenó sus almacenes,
Cogió el abad el más precioso vino,
El rey cerró los puentes y las sendas
Orgulloso exclamando: "el diezmo es mío."

---

* Traducción del alemán por José María Vigil, "La Familia", 1884.

Mucho después de repartido el mundo
Llegó el poeta solo, y un abrigo
No pudo hallar, todo tenía dueño;
Ni un lugar encontró para él vacío.

¡"Ay infeliz de mí . . . ! ¡Solo entre todos!
¿Yo solo fuí olvidado, el más querido,
El más fiel de tus hijos?" Tal de Jove
Al trono alzó su lastimero grito.

"Si una tierra de lágrimas habitas,
No te quejes así", Júpiter dijo.
"Al repartir el mundo, ¿en dónde estabas?"
Y el poeta responde: "Era contigo:

Fijos mis ojos en tu faz serena,
En tu eterna armonía mis oídos;
Perdona, ¡ay!, al espíritu que absorto
En tu contemplación todo ha perdido."

"¡Sea!", replica el dios. "Ya di la tierra:
La vendimia, la caza, nada es mío;
Pero me queda el cielo, el cielo se halla
Abierto para ti . . . Ven, pues, conmigo."

EL SECRETO DEL RECUERDO. A LAURA *

¡Siempre sobre tu labio el labio mío!
Ese es el hondo afán que experimento
Al mirarte con loco desvarío:
¡Vivir tu vida al respirar tu aliento!

Te contemplo y mi espíritu impaciente
Las alas tiende a la región serena,
Como dócil esclavo va obediente
Detrás del vencedor que lo encadena.

¿Por qué mi corazón alza así el vuelo?
¿La patria busca que gozó dichoso?
¿O es que una hermana que perdió en el cielo
Recobra al encontrarte, dueño hermoso?

---

* Sin nombre de traductor, "El Correo de las Señoras", 1885-86.

¿Nos unió en otra vida pasión dura,
Y por eso palpita el pecho mío?
¿Gozamos ambos celestial ventura
En algún sol, hoy plácido y sombrío?

¡Ah! sí, ligados en unión divina,
Logramos de otro bien dichas mayores.
Mi musa en lo pasado lo adivina:
Para mí no son nuevos tus amores.

Y en ese enlace cálido y fecundo
Eramos Dios, poder, vida y aliento;
Y a nuestra voluntad brotaba un mundo
Sujeto a nuestro libre pensamiento.

Dulce néctar, en fuentes abundosas,
Soberano deleite nos brindaba;
Rompíamos el sello de las cosas,
Y el sol de la verdad nos alumbraba.

Aquel Dios, pobre Laura, ya no existe,
Mas dejó en nuestro ser profunda huella,
Y sentíamos anhelo dulce y triste
De recobrar la excelsitud aquella.

Y al mirarte con loco desvarío,
Por eso tanto afán experimento:
¡Posar sobre tu labio el labio mío!
¡Vivir tu vida al respirar tu aliento!

Y por eso mi espíritu impaciente
Las alas tiende a la región serena,
Como dócil esclavo va obediente
En pos del vencedor que lo encadena.

Y el audaz corazón, alzando el vuelo
La patria busca que gozó dichoso,
¡Y halla la hermana que perdió en el cielo
Cuando te reconoce, dueño hermoso!

¿Por qué, pues, al mirarme te sonrojas?
¿La santa complacencia no has sentido
Del que después de estériles congojas
Halla al hermano y el hogar perdido?

EXTASIS *

(Versión de "Entzückung an Laura")

Laura, si tu mirada enternecida
Hunde en la mía el fulgurante rayo,
Mi espíritu feliz, con nueva vida
En ráfaga encendida
Resbala con la luz del sol de mayo.
Y si en tus ojos plácidos me miro
Sin sombras y sin velos,
Extasiado respiro
Las auras de los cielos.

Si el acento sonoro
Tu labio al aire da con un suspiro,
Escucho de los ángeles el coro

* Sin nombre de traductor, "La Patria Ilustrada", 1885.

Y la dulce armonía
De las estrellas de oro;
Y absorta el alma mía
En transporte amoroso se extasía.

Si en la danza armoniosa
Tu pie como ola tímida resbala,
A la tropa de amores misteriosa
Miro agitar el ala;
El árbol mueve, tras de ti, sus ramos,
Cual si de Orfeo oyérase la lira,
Y a mis plantas la tierra que pisamos
Vertiginosa gira.

Si de tus ojos el destello puro
Fuego amoroso inflama,
Latido el mármol duro
Da, y el árido tronco vital llama.
Cuanto goce soñó la fantasía
Ya presente contémplolo y seguro
Cuando en tus ojos leo, Laura mía.

LA FIANZA *

De Dionisio el tirano a la presencia,
Llegó con insolencia
Damón, la daga en mano decidida;
Y al punto que su intento audaz comprenden,
Los soldados le prenden
Y desarman al loco regicida.

"¿Qué pensabas hacer con esta punta?"
Dionisio le pregunta
Por sus miradas arrojando fuego.
—"Quise a la patria por mi propia mano
Salvarla del tirano."
—"De ello en la cruz te dolerás muy luego."

---

* Traducción directa del alemán por FEDERICO C. JENS. ("Al Sr. D. Jorge de la Serna y Barros"), "La Familia", 1886.

"Dispuesto estoy a recibir la muerte",
Contesta, "pues la suerte
El placer de matarte me ha negado;
Pero séame una gracia concedida:
No pido por mi vida
Que en tus manos entrego resignado.

De tres soles el tiempo solicito;
Sólo eso necesito
Para casar a mi querida hermana
Que, entregada al amor de sus amores,
Me espera sin temores
Y vive sola en la ciudad cercana.

Mas quiero asegurarte; cual rehenes
Aquí al amigo tienes
Que mi regreso en la prisión espera.
Y a Phintias quitarás su vida cara
Si escaparme intentara
Y en el plazo que pido no volviera."

El rey entonces, con la faz sonriente,
Luchando interiormente
Le dice altivo en ademán severo:
"Para que nunca mi bondad olvides,
La gracia que me pides
Con los tres soles concederte quiero;

Más tienes de saber que si ha expirado
El tiempo prefijado,
Acto continuo morirá tu amigo,
Quedando así del atentado al rey
Satisfecha la ley,
Y tú exento estarás de tu castigo."

Damón entonces hasta Phintias llega,
Su noble pecho riega
Con lágrimas, y dice sin aliento:
"Quiere el monarca ver la ley cumplida
Y exige que mi vida
Pague en la cruz mi criminal intento.

Mas tres soles de tiempo me concede
Porque casada quede
Mi hermana, que es muy buena entre las buenas;
Mi puesto ocupa en calabozo oscuro,
Que yo vendré, te juro,
A librarte después de tus cadenas."

En un abrazo de cariño, estrecho,
Recíbele en su pecho
Cual si en él recibiera el de un hermano,
Y Phintias, por Damón entristecido,
Acepta conmovido
Y entrégase a la guardia del tirano.

Ya libre entonces, su deber comprende,
Feliz el viaje emprende
Y a su término llega presuroso.
Y antes que alumbre la tercera aurora,
La hermana a quien adora
Quedó unida por siempre con su esposo.

Vuelve luego a su hogar abandonado,
Mas vuelve con agrado
Pues sus santos deberes ha cumplido;
Y al despedirse de él, mandando un beso,
Violenta su regreso
Porque el plazo no expire, concedido.

Entonces la tormenta que aparece
Los cielos oscurece
Y deshecha la lluvia se desploma;
Emanan de montañas escabrosas
Mil fuentes abundosas;
De mar el valle la apariencia toma.

Los ríos en torrentes se trocaron;
Sus aguas sepultaron
Al desdichado que en sus ondas brega;
En su fondo revuelto que horroriza,
La muerte se entroniza
Cuando Damón hasta la margen llega.

La atracción del fragoso remolino
Con furia en su camino
Derrumba el puente que sobre él se erguía,
Las corrientes después con voz de trueno
Arrastrando en su seno
Las piedras de la espléndida arquería.

El vaga sin consuelo por la orilla;
En su mirada brilla
Un rayo de furor; al cielo acusa;
Horribles ansias su cerebro asaltan,
Pues pocas horas faltan
Y tiene que llegar a Siracusa.

En vano grita y la extensión abarca:
No hay una sola barca
Que en la margen opuesta le presente;
No el esquife gobierna en trance fiero
El más hábil barquero;
Conviértese en un mar aquel torrente.

Llora entonces y póstrase de hinojos;
Las manos y los ojos
Al cielo eleva humilde y suplicante:
"Detén ¡oh Jove!, con poder divino
El mar que en mi camino
Se interpone, detenlo un solo instante.

Si llegare este sol que nos alumbra
De ocaso á la penumbra
(De mi fiel juramento eres testigo)
Sin que yo en Siracusa me presente,
Morirá un inocente,
En la cruz morirá mi buen amigo."

Mas no mira llegar, sufriendo su alma,
La apetecida calma;
Corre una ola tras otra en fiera lucha,
Como corre también hora tras hora,
Y Jove a quien implora
Sus tiernas preces de dolor no escucha.

De algunas vestiduras se despoja
Y en las aguas se arroja
Luchando entre la muerte y la esperanza.
Con brazos vigorosos, sin recelo,
Llama en su auxilio al cielo
Y nadando con fe la orilla alcanza.

Sobre la húmeda arena prosternado
Al dios que le ha salvado
Eleva un himno en gratitud sincera;
En dejar aquel sitio se apresura;
Del monte la espesura
Atraviesa con rápida carrera.

Mas, ¡ay!, que una gavilla de ladrones
Con fieras intenciones
A morir o a rendirse le amenaza;
Y obstruyendole audaz en su camino,
Contempla al asesino
Blandiendo con furor la horrible maza.

Y grita "¿Qué queréis?", con faz erguida:
"Sólo tengo mi vida
Y ésta vosotros no podéis tomarla;
Porque ella, que es muy corta según veo,
Lo solo que poseo,
A Dionisio la debo y voy a darla."

Arranca entonces con hercúlea mano
Al hombre más cercano
La maza que agitaba en su presencia,
Y dice con valor que el mal no excusa:
"De ir tengo a Siracusa
A salvar de un amigo la existencia."

Al combate se lanza cual valiente
Batiendo frente a frente
A aquellos hombres que juzgó invencibles,
Los que espantados por el monte huyeron
Cuando tres sucumbieron
Por los tres golpes de Damón terribles.

A través de los árboles gigantes,
Sus rayos calcinantes
Lanzaba el sol de la mitad del cielo,
Cuando exhausto de fuerzas, extenuado,
Por la sed devorado,
Cae Damón de rodillas en el suelo.

Y "¡oh Jove!", dice: "tú, que tan clemente
En la fatal corriente
De una muerte segura me salvaste;
Tú que del monte en ásperos caminos,
De fieros asesinos
Con tu poder inmenso me libraste,

¿Qué, me abandona tu potente mano?
¿Del término cercano
Quieres que triste en mis angustias muera?
¿De Phintias quieres la inocente vida?
¿Qué, tu memoria olvida
Al que con ansia mi regreso espera?"

Y oye cual de agua divinal sonido
Que llega hasta su oído
De una peña en el bosque muy cercana;
Hacia ella se dirige sin aliento
Y ve al llegar, contento,
Que allí una fuente bulliciosa mana.

"¡Ah!, gracias", dice con la fe más pura;
Inclínase y apura
Con delicia aquel néctar tan sabroso
Que ánimo nuevo devolvió a su pecho.
Y entonces, satisfecho,
Prosigue su camino presuroso.

Avanza a la ciudad en línea recta.
El bello sol proyecta
Oblicuos rayos sobre el monte y prado;
Mas de pronto en los áridos senderos
Advierte a dos viajeros
Que muy cerca pasaban de su lado.

Por alcanzarlos en su anhelo lucha
Y al fin su voz escucha
Que resuena en su pecho aterradora.
Ambos, semblantes de dolor tenían
A tiempo que decían:
"Sobre la cruz le clavarán ahora."

Al saberlo, ya nada le consuela;
Más bien que corre, vuela,
Y sin aliento, descansar rehusa,
Cuando manda sus últimos reflejos
El sol y allá a lo lejos
Ve por fin destacarse a Siracusa.

Philostrato, sirviente muy querido
Que expreso había salido
De Damón al encuentro no lejano,
Al mirar que veloz corriendo llega,
Detenerse le ruega
E imprime un beso en su sudosa mano.

"Damón, descansa aquí de tus fatigas;
La marcha no prosigas,
Ve que la sangre por tus venas arde;
No aumentes la crueldad con tu presencia;
Vela por tu existencia.
Llegas tarde, Damón, ¡ay!, llegas tarde...

Así lo quiso la traidora suerte;
Sufriendo está la muerte
Ora Phintias el noble en su heroísmo!
Y puesto que tan tarde aquí llegaste,
Ya que no le salvaste,
¡Ah!, sálvate Damón, piensa en ti mismo.

Sumido en la prisión él te ha esperado,
Cada instante ha contado
El término aguardando de sus penas
Y al grande Jove suplicando verte...
Mas tan sólo la muerte
Ha podido romperle sus cadenas.

Resignado, no obstante, contemplaba
La cruz que le esperaba
A pagar el intento de tu mano,
Sin que nunca humillarle hayan podido,
Al verse deprimido,
Ni los altos desprecios del tirano."

"Aunque ya tarde por salvarle fuera",
Lleno de fe sincera
Dijo Damón, "no habré de arrepentirme;
Entraré a Siracusa y con anhelo
Demandaré un consuelo.
Quiero con Phintias en la muerte unirme.

Que no se vanaglorie ese tirano
De ensangrentada mano,
Que piensa ser de deslealtad testigo;
Ver le haré, en el mayor de mis placeres,
Que a sus santos deberes
Nunca ha faltado quien se llama amigo.

¿Que me importa morir?, lo solicito;
Y el tirano maldito
Que en labrar la desgracia se recrea,
Dos víctimas tendrá donde cebarse,
Pues quiere al entregarse
Damón, que en la amistad Dionisio crea."

De occidente brillaba luz incierta
Cuando llegó a la puerta
De la gran Siracusa conmovida;
Y de penas el alma lacerada,
Dirigió su mirada
A la cruz que esperaba al regicida.

Circundaba la cruz, mirando ansiosa,
La multitud curiosa,
De aquella muerte presencial testigo...
Y atado fuertemente con cordeles,
Dos esbirros crüeles
Elevaban a Phintias, a su amigo!

Se abrió camino, audaz y denodado
Hasta el pie del tablado.
"¡Gracias a Jove que escucharme plugo!
A mí me has de matar", entonces grita,
"A mí, raza maldita,
Que aquél es sólo mi fiador, verdugo."

Aterrado el verdugo se estremece;
A la orden obedece,
Y descienden a Phintias en buen hora;
Ambos amigos en sus brazos se echan,
Y lloran y se estrechan
Ante la multitud que también llora.

Al rey, que la tardanza no se explica,
La guardia comunica
El suceso con gráfica elocuencia;
Y Dionisio, de pérfido tirano,
Conviértese en humano
Y los hace llever a su presencia.

Contempla a los amigos admirado,
Y ante ellos humillado,
Habló de esta manera conmovido:
"Por vos tan sólo en la lealtad hoy creo,
Y con afán deseo
Que no me neguéis pues lo que ahora os pido.

A vos que al fin mi corazón domasteis,
A vos que me enseñasteis
Que es la amistad afecto verdadero,
Os suplica Dionisio el despreciado
Le aceptéis con agrado
En esa vuestra unión, como el tercero!"

HONREMOS A LAS MUJERES *

Déspota y rudo el hombre se despeña
De una y otra pasión en el torrente:
Quiere lograr cuanto codicia o sueña;
Lo que consigue asir rompe impaciente.

De afán y desconsuelo es hondo abismo
Y a ternura y amor estéril roca;
Contradicción cabal lleva en sí mismo
Entre lo que practica y lo que invoca.

O en la fuerza brutal su imperio funda,
O a ella se rinde en la ocasión adversa
Con fiero orgullo o abyección profunda,
O escita vencedor o esclavo persa.

---

* Traducción de José María Roa Bárcena, "La Familia", 1887.

Mas la mujer, bajo el materno amparo
En el tranquilo hogar crece y se forma;
A su precoz entendimiento claro
El cielo es fin y la virtud es norma.

Ella del mundo en la espinosa yerba
Mezcla rosas y calma los tormentos
Y dulcifica al hombre: ella conserva
El fuego de los nobles sentimientos.

Hija sencilla y fiel de la natura,
Harpa que al viento da mística nota,
Sabe endulzar la ajena desventura,
Su ardiente caridad jamás se agota.

En su beldad, en el sentido tono
De su voz melodiosa, en la divina
Virtud de su alma noble, erige el trono
Desde lo alto del cual manda y domina.

De su bendito ser con el encanto,
Del vicio aparta, extingue la discordia:
Son su escudo el amor, su fuerza el llanto,
Su triunfo la cultura y la concordia.

INDICE

Prólogo 7

Friedrich von Schiller, por Marianne O. de Bopp 11

Guillermo Tell, por Manuel Gutiérrez Nájera 33

La campana. Traducción del alemán por José González de la Torre. 1850 53

El rehén. Traducción de D. F. Vila. 1851 . 65

Despedida de Héctor. Traducción de José González de la Torre. 1852. 71

El conde de Hapsbourg. Traducción del francés por J. M. Roa Bárcena. 1856 . 73

El cruzado. Traducción del francés por J. M. Roa Bárcena. 1856. 79

El guante. Traducción del francés por J. M. Roa Bárcena. 1856 83

El guante. Traducción del alemán por José Sebastián Segura. 1868 87

Fantasía fúnebre. Traducción del alemán por José Sebastián Segura. 1869 . . 91
La joven forastera. Traducción del alemán por José Sebastián Segura. 1869 . . . 97
El caballero de Toggenburgo. Traducción del alemán por José Sebastián Segura. 1869 99
Canción de la campana. Traducción del alemán por José Sebastián Segura. 1869 . . 103
El buzo. Traducción del alemán por José Sebastián Segura. 1869 123
La repartición de la Tierra. Traducción de F. Cosmes. 1872 133
La esperanza. Traducción del alemán por F. Carlos Jens. 1877 137
El cazador. (Sin traductor.) 1881 . . . 139
Hero y Leandro. (Sin traductor.) 1881 . . 143
El triunfo del amor. (Sin traductor.) 1881 . 153
La imagen de Sais. (Sin traductor.) 1882 . 163
A la orilla de un arroyo. (Sin traductor.) 1884 167
Hasta ti. (Sin traductor.) 1884 171
La repartición de la Tierra. Traducción del alemán por José M. Vigil. 1884 . . . 173
El secreto del recuerdo. A Laura. (Sin traductor.) 1885 175

Extasis. (Sin traductor.) 1885 179
La fianza. Traducción del alemán por Federico Carlos Jens. 1886 181
Honremos a las mujeres. Traducción de J. M. Roa Bárcena. 1887 195

En la Imprenta Universitaria, bajo la dirección de Francisco González Guerrero, se terminó la impresión de este libro el día 11 de diciembre de 1955. Francisco Moreno Capdevila dibujó la viñeta de la portada. Se hicieron 1,500 ejemplares.

IMPRENTA UNIVERSITARIA DE MEXICO